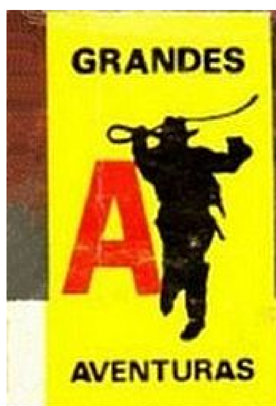
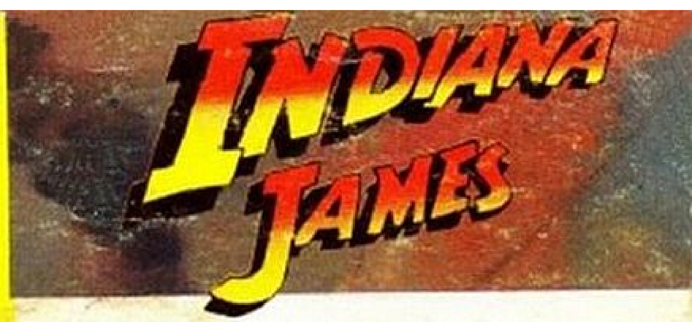



# LA HERENCIA DE RICKENBAUER

Esta vez me metí en el lío por no leer los periódicos.

Llevaba un mes escondido en Innishgal, Irlanda, una madriguera tan perfecta que ni siquiera los distribuidores de prensa parecían capaces de encontrarla. Aunque, de hecho, tampoco tenía mucho interés en saber qué ocurría en el mundo. Qué va. Ocupaba mi tiempo paseando por campos y acantilados, absorto en la rememoración de emociones fuertes recientes y tórridos amores pretéritos. Si me sobraba alguna hora, lo dedicaba a leer lo único que había podido encontrar en el bazar local, una novela de Harold Robbins, tópica pero con ese interés casi malsano que proporciona el asistir al progreso entre la miseria y la opulencia de su protagonista.




Indiana James

# La herencia Rickenbauer

## Bolsilibros - Indiana James - 27

**ePub r1.0**
LDS 08.05.18

Título original: *La herencia Rickenbauer*
Indiana James, 1986
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

# CAPÍTULO PRIMERO

Esta vez me metí en el lío por no leer los periódicos.

Llevaba un mes escondido en Innishgal, Irlanda, una madriguera tan perfecta que ni siquiera los distribuidores de prensa parecían capaces de encontrarla. Aunque, de hecho, tampoco tenía mucho interés en saber qué ocurría en el mundo. Qué va. Ocupaba mi tiempo paseando por campos y acantilados, absorto en la rememoración de emociones fuertes recientes[1] y tórridos amores pretéritos.[2] Si me sobraba alguna hora, lo dedicaba a leer lo único que había podido encontrar en el bazar local, una novela de Harold Robbins, tópica pero con ese interés casi malsano que proporciona el asistir al progreso entre la miseria y la opulencia de su protagonista.

En consecuencia, cuando conocí a Ally Rickenbauer, ni su cara ni su nombre me dijeron nada.

Eso ocurrió en Lough Conn, cuarenta millas al sur de Innishgal, un lago donde podían practicarse algunos deportes náuticos. Había decidido hacer *wind-surf* para desentumecer un poco mis músculos, y en pleno desentumecimiento estaba, cuando oí un grito y vi a Ally a bordo de su tabla.

—¡Aparta, mamóoooon! ¡Pasoooooo! —Ése fue el grito.

La visión fue fugaz. Media melena castaña al viento, una cara acribillada de pecas, una nariz respingona y un cuerpo de poster de *Penthouse* lanzados a toda velocidad, viento en popa a toda vela, hacia el costado de estribor de mi tabla. Abría los ojos aterrorizada, como una amazona inexperta a lomos de un potro desbocado.

No hubo tiempo de nada. Se montó su tabla en la mía, se

encabritaron ambas y los dos fuimos escupidos al agua.

Emergí a la superficie debatiéndome entre impulsos contradictorios. No sabía si abroncar a la deportista inepta o confraternizar amigablemente con la mujer de bandera.

Ella ya había salido a flote y manoteaba en el agua con cara de pocos amigos.

—¡Oh, no, mierda, no, otra vez no…! —se lamentaba.

—¿Sabes nadar? —le pregunté.

—¡Claro que sé nadar, mamón! ¡Y tú podías haberte apartado, ¿no?! ¡Por tu culpa he vuelto a perder la llave! ¡Mierda, mierda y mierda!

Nos agarramos los dos a mi tabla, y entonces, un poco más calmada, me explicó que la llave era la de su casa. Despistada como era, me dijo, la había perdido varias veces, por lo que acabó decidiendo colgársela del cuello con una cadenita. A consecuencia del choque la cadena se había roto y, a estas horas, la llave debía estar llegando ya al fondo cenagoso del lago.

—¿No tienes una copia?

—Sí… pero la guardo *dentro* de casa, cretina de mí. La cerradura es de seguridad. Voy a tener que romperla y cambiarla otra vez, maldita sea.

Me pidió excusas por haber provocado el accidente y por haberme insultado. Cuando pisamos tierra firme nos presentamos («Ally. Ally Rickenbauer», dijo ella. Y se quedó mirándome, como esperando alguna muestra de sorpresa o admiración por mi parte).

Después, me invitó a tomar una copa en la terraza del Club Náutico.

Camareros y clientes varones me miraban con mal disimulada envidia, deseando haber gozado ellos del privilegio de ser arrollados por la dama. No era para menos. Ally estaba realmente fascinante. Además, el contraste entre su expresión graciosa y el mal genio demostrado, le añadían una chispa de vitalidad.

—… o sea que tendré que cargarme la puerta por cuarta vez en dos meses —me contaba mientras yo, copa en mano, rumiaba la manera de intimar con ella.

—Podrías entrar por una ventana y recuperar la copia que guardas dentro —sugerí.

—Las ventanas tienen rejas.

—Aun así…

—Aun así —me cortó—. No me apetece nada deslomarme haciendo acrobacias por la fachada. Vamos, eso ya sería el colmo.

Era mi oportunidad. No la dejé pasar:

—Bueno, tal vez yo pudiera intentarlo…

—¿De verdad? ¿De verdad lo harías?

Se le habían puesto ojos de niña entusiasmada. Yo dije que podía ser peligroso, cierto, pero que, en fin, ¿qué emoción tiene la vida sin un poco de peligro?, y otras majaderías por el estilo. En mi descargo diré que llevaba un mes de vida monacal en Innishgal. Y no eran sólo los músculos lo que me urgía desentumecer.

Aceptó mi ofrecimiento estampándome un sonoro beso en la boca. Cuando nos fuimos, camareros y clientes me miraban con feroz inquina.

Vivía en Turnmore, doce millas al norte. Nos trasladamos en su «BMW» deportivo. Por el camino paramos en un pueblo para comprar dos rollos de cuerda y, cuando llegamos a la casa, empezaba ya a oscurecer.

La casa, situada en un paraje solitario con vistas a la turbulenta embocadura del río Shannon, era enorme. Sólida masa gris de dos pisos con rejas en las ventanas, componiendo una estampa que tenía mucho más de carcelario que de hogareño.

No me costó mucho trepar por la fachada, aunque le eché bastante teatro al asunto, por aquello de impresionar a la dama. Había una chimenea de tiro amplio en el tejado. Sujeté la cuerda y me descolgué por ella. Al principio era estrecha y daba un poco de claustrofobia, pero luego se ensanchaba.

Llegué abajo más tiznado que Dick Van Dyke en *Mary Poppins*.

Estaba en un amplio salón de la planta baja, decorado con muebles antiguos y pesados, en un estilo casi fúnebre que no casaba mucho con la personalidad de Ally. De las paredes colgaban cuadros de sombríos paisajes marinos, contemplados desde estanterías y mesas por las miradas petrificadas de una verdadera colección de peces disecados. Pensé que la chica habría alquilado la casa con mobiliario incluido. Que no era irlandesa, ya lo había deducido por su acento.

—Eres un cielo, Indy —me felicitó risueña cuando le abrí la puerta—. Si no fuera por el hollín, te comía a besos ahora mismo.

—¿Qué tal si me permites usar tu ducha?

—Estás en tu casa. Mientras te duchas, yo buscaré la copia de la llave —y empezó a abrir y revolver cajones.

—¿No sabes dónde la tienes?

—Soy un caso de despiste total, Indy. Cualquier día de éstos se me extraviará el culo y tendré que irlo a buscar a la oficina de objetos perdidos. Pero ya la encontraré. Y luego, me pondré a preparar la cena… porque te quedarás a cenar, ¿verdad?

Y me pedía que aceptara, con un mohín de niña mala en el rostro. ¿Quién hubiera podido negarse en estas condiciones?

Yo no, desde luego.

Me sentía eufórico mientras me duchaba. Silbaba, y no cantaba arias de ópera a grito pelado sólo por vergüenza de que ella me oyera. Entre una cosa y otra, me veía venir una velada de aquellas que se recuerdan con lágrimas en los ojos en el lecho de muerte.

Todas estas placenteras perspectivas se fundieron en un instante cuando empecé a oír ruidos raros en el exterior. Un vehículo llegando a la casa, brusco frenazo y, de inmediato, una algarabía de gritos y carreras. Siguieron algunos disparos y a mí se me hizo la luz y se me puso la piel de gallina bajo el chorro de agua caliente.

—Dioses, no… —gemí. Pero, una vez concebida la sospecha, toda una serie de detalles antes alegremente pasados por alto se engrandecían, tomaban sentido y titilaban como anuncios luminosos en mi cerebro. Para empezar, el accidente: Si Ally veía que no podía dominar la tabla, *¿por qué no se tiró al agua para evitar la colisión*? Y todo el teatro con lo de la llave perdida, y el hecho de que no supiera dónde tenía la copia…

Dioses, no. *Ésta no era su casa. Mc había utilizado para entrar a robar cómodamente en la mansión.*

Salí de la ducha y miré por la ventana enrejada que daba a la parte trasera del edificio. Abajo (el baño estaba en el primer piso) entreví varias sombras corriendo alocadamente, como jugando al corre-que-te-pillo.

—¡Por aquí, por aquí! ¡*Presto*! —gritaba alguien con acento italiano.

—¡No, Bruno, que se ha ido hacia el río…! ¿No la ves? —contestaba otro.

—¡*Porca miseria*, esto es un árbol…!

—¿Entonces, dónde…?

Como una respuesta a esta última pregunta, al otro lado de la casa bramó el motor del «BMW» de Ally. En cuestión de un parpadeo, el sonido se perdió en la distancia.

Entonces entró en juego la voz potente y colérica de una mujer:

—¡Imbéciles, inútiles, soplapollas, comemierdas, desgraciados, como me llamo Gretel, os juro que os acordaréis toda la vida de esto!

*Dioses.*

Para colmo, no tenía mis ropas. Se las había dado a Ally para que me las cepillara. Probablemente, estarían en el salón. En un gesto pudoroso e instintivo, me enrollé una toalla en la cintura y bajó a la carrera. Mucho me temía que me iban a pillar en pelotas, como vulgarmente se dice.

Espectáculo ya intuido el que me esperaba en la planta baja. Cajones revueltos, otros sacados de sus cómodas y volcados, su contenido desparramado por los suelos, los cuadros descolgados y los peces *despanzurrados.*

Entré yo por una puerta y por la otra entraban las tres voces.

La mujer venía abofeteando con saña a uno de los fulanos, confundidos los PLAF, PLAF, con una retahíla de insultos escogidos entre lo más soez de lo más soez. Al otro, más atrás, se le veía encogido, personificación vivida del escolar pillado en falta esperando turno frente al despacho del director. Se alegró horrores de verme.

—¡Gretel, mira, mira, *un nonio*! —aulló, señalándome con la boca de su pistola. Entonces me vio ella. Soltó a su víctima como quien tira el envoltorio arrugado del bocadillo y sonrió. O, al menos, lo intentó.

—Vaya, vaya… —dijo, masticando con saña las palabras—. La golfa de Ally se nos ha escapado, pero nos queda su macarra. Bien. Muy bien. Alza los brazos.

—¡Sí, sí, sí, manos arriba! —coreó el de la pistola, deseoso de hacer méritos redentores.

—Pero… —farfullé yo. Con un gesto di a entender que si alzaba los brazos, caería la toalla.

—Ésta es mi casa, especie de bebedor de meadas —me espetó ella—. Si te pegamos un tiro, podré alegar intrusión y defensa

propia, de modo que tú verás.

Obedecí, qué remedio.

Quedé todo yo al descubierto, sonó la carcajada ofensiva (e injusta, lo juro) de la mujer, y sus secuaces se apresuraron a hacerle coro, por más que sus *jajas* sonaran un poco forzados y bastante histéricos.

Así fue como conocí a la Gorda Violenta y a sus dos títeres.

# CAPÍTULO II

La Gorda Violenta era una mujer de edad madura, cuarenta y tantos, metro ochenta y bastantes de estatura, hombros como arquitrabes y unas curvas exageradas, puro vértigo de montaña rusa, con subidas y bajadas abismales. Junto a ella, sus dos acompañantes parecían simples esbozos humanos, ilustraciones esquemáticas de un artículo médico sobre el raquitismo.

—A ver si nos aclaramos —intenté explicar—. He conocido a Ally apenas hace unas horas. Me engañó. Dijo que ésta era su casa…

—Ja, ja —hizo el títere llamado Bruno, especie de príncipe de la función de marionetas, rubísimo y de facciones agraciadas.

—Ja, ja —agregó el otro, Gus, semicalvo, con gafas y aspecto de filósofo muy preocupado por temas tales como *la cosidad de la cosa.*

—Puafff —bufó la gorda Gretel.

Y le arrebató la pistola a Bruno. Mientras me apuntaba con una mano, con la otra agarró al italiano por el pelo y lo levantó en vilo, hasta que sus pies estuvieron a un metro del suelo.

—¿Sabes qué me aconsejaron este par de tarados? —me preguntó, indiferente a los pataleos y las súplicas (*Signora, prego, misericordia*) de su víctima—. Que metiera la llave dentro de uno de los peces disecados. *A nadie se le ocurrirá buscar ahí,* dijeron. ¿Qué te parece?

—¿Se refiere a la llave de la casa? —pregunté yo, sinceramente desconcertado.

—¡La llave de tu culo, *gigoló* fornicacabras! —aulló furiosa. Tan enfadada estaba que soltó a Bruno y empezó a pisotearlo a conciencia—. No juegues conmigo —me dijo a mí—. Es muy peligroso. Sabes perfectamente quién soy.

—Sí, se llama Gretel —dije, deseando que la respuesta la aplacara un poco.

—Gretel Rickenbauer.

—¿*Rickenbauer*? ¿Cómo Ally?

Gretel le agarró un pie al italiano y procedió a retorcérselo.

—O no lees los periódicos, o eres un caso especialmente patético de atraso mental, o te estás pasando de listo. Me inclino por esta última posibilidad. Por tu bien, será mejor que me cuentes todo lo que sabes acerca de los planes de Ally… —subrayó su amenaza estampándole una patada en el trasero a su ahora ya llorosa víctima.

—Es que no sé nada —dije—. Yo…

—De acuerdo —escupió—. Tú lo has querido. Tendrás oportunidad de reflexionar en el cuarto de los ratones.

Dioses, el cuarto de los ratones. Casi se me escapa una risita histérica. Aquello no hacía más que aumentar el absurdo de la situación. Me amenazaba con el típico castigo que ya ni siquiera asusta a sus auténticos destinatarios, los niños pequeños.

La sonrisa esbozada se me solidificó en los labios en forma de línea quebrada y temblorosa una vez me hubieron esposado. Porque entonces, la gorda procedió a embadurnarme el cuerpo, de pies a cabeza, con una sustancia viscosa, que olía… a queso.

—Aquí pondremos más cantidad, para convertirlo en un *bocato di cardinale*, como diría Bruno —se refociló al llegar a mis partes nobles.

Acto seguido, me obligaron a bajar al sótano. Era amplísimo, ocupando toda la base de la mansión, o quizá más, pero estaba dividido en pequeñas habitaciones separadas por puertas de acero, totalmente herméticas. Se oía en alguna parte un rumor de cosas pequeñas moviéndose, y también algunos chillidos.

En una de las habitaciones, totalmente desnuda de muebles, había un par de asideros de hierro en el techo.

*Dioses, tío. Que no sea lo que estoy pensando*, me aterroricé.

—Agárrate ahí y flexiona las piernas —me ordenó Gretel—. O, si no quieres, no lo hagas. Es asunto tuyo. Tenía esto preparado para la meahuevos de Ally, pero también servirá para ti. Dentro de un par de horas vendré a verte, por si has cambiado de opinión y decides colaborar.

—No sé nada —balbucí—. Se lo juro…

—Ya verás cómo aprendes rápido —y salió, cerrando la puerta tras sí.

Fuera debía haber alguna palanca que accionaba automáticamente otra puerta interior. Se abrió ésta de inmediato y como el agua que sale a chorro al abrir las esclusas de una presa, salieron las ratas.

Centenares de ellas. Grandes y gordas, pero, a juzgar por como movían el hocico y la cola, hambrientas y entusiasmadas por el festín que se les ofrecía.

—¡Iiiiih…! —chillaban en plena carrera por ver quién me hincaba primero el diente.

*Dioses.*

Completamente despavorido, di un salto y me agarré al asidero del techo. Flexioné las piernas todo lo que pude y así quedé, suspendido en el aire, en posición de gimnasta olímpico, mientras bajo mi cuerpo las ratas se congregaban, atropellándose y expresando su protesta con agudísimos chillidos. Algunas incluso daban saltitos, en su afán por hincarme el diente. No había peligro de que me alcanzaran. No al menos mientras pudiera mantenerme flexionado, mientras mis brazos aguantaran y los músculos de las caderas sostuvieran el peso de mis piernas.

Pero, si flaqueaba…

… si flaqueaba, los pies me quedarían prácticamente a ras de suelo, y todo mi cuerpo se convertiría en una especie de magnífica escalera por la que treparían alborozados los roedores, deteniéndose de vez en cuando para picar un poco aquí y allá.

En una situación como ésta, a uno le pasan muchas cosas por la cabeza. La pregunta *¿cuánto tiempo podré aguantar*?, es la más importante. Pero también hay otras: El asco, la abominación contra los viscosos y pudendos animales, *el pánico* en su estado más puro. Uno enloquece un poco, y empieza a echar pestes del ratón Mickey, y se jura empezar una campaña en pro de Tom y en contra de Jerry si logra salir del apuro.

—¡Iiiiiiiih! —contestan las ratas.

Y de pronto te parece que no son chillidos, sino risas despiadadas. Y al cabo de un rato, cuando los brazos empiezan a temblar a causa del esfuerzo y las piernas parecen ya de plomo,

empiezas a imaginar voces y frases en la algarabía de chillidos.

—Baja ya, imbécil…

—¿De qué te sirve prolongar tu agonía?

—¡Mc pido los ojos, que nadie me los quite…!

Santo Dios, *locura*. El delirio que brota de la semilla abonada del terror.

Perdí la noción del tiempo. Estaba cubierto de sudor, y entre esto, el mejunje de la gorda y el *perfume* de las ratas, mi estómago daba vueltas a ritmo de tambor de lavadora automática. A lo mejor podía ahogar a unas cuantas ralas con una buena vomitada, me dije.

Un segundo, o quizás un minuto, o tal vez una hora después, descubrí que ya no podía aguantar más. Tendría que soltarme. *Descansar*, eso parecía lo más importante, lo único que tenía sentido.

La tentación era casi irresistible. Venía con sus argumentos (*le sueltas un par de minutos, las mantienes a raya a patadas* y *luego vuelves a colgarte)*…

… Y, en el fondo de la conciencia, el aviso:

*Si te sueltas no volverás a subir. No te dejarán. Tienes que resistir. A lo mejor, a la gorda psicópata te da por venir a rescatarte, quién sabe.*

—¡Iiiiiiiih! —Seguían chillando las ratas, inasequibles al desaliento.

La mano derecha me resbaló del asidero. Quedé suspendido de la izquierda, con las piernas vencidas, alcanzando apenas a flexionadas lo justo para que las ratas saltarinas no me alcanzaran los pies. Aunque sentí algún roce en los dedos.

Traté de volver a asirme. Y descubrí que no podía alzar el brazo. Lo intenté, sí: El cerebro daba la orden pertinente, pero el músculo se hacía el sordo y permanecía agarrotado, inmóvil.

Noté como la mano izquierda tomaba su turno y empezaba a resbalar sobre el asidero empapado de sudor. Quedé agarrado solo con los dedos.

*Empezad por la cabeza. Que sea rápido al menos*, rogué. Entonces sonó la explosión.

No la oí muy bien, pero sí calibré sus efectos al ver la momentánea desbandada de las ratas, que empezaron a correr en todas direcciones, para acabar reuniéndose de nuevo bajo mí.

Otra explosión. Sonidos de disparos. Procedía todo de arriba, de la casa que tenía sobre mi cabeza. Carreras, gritos, maldiciones, lucha.

Eso me dio fuerzas para levantar el brazo derecho y soldar la mano en el asidero. Venían a salvarme, pensé. Tenía que ser Ally. Debía haber ido en busca de refuerzos. Qué injusto he sido con ella, me dije emocionado. Total, porque me había engañado. ¿Qué era eso comparado con la deleznable tortura a que me sometía su enemiga, la Gorda Violenta?

Pasados unos minutos, oí gritos y carreras al otro lado de la puerta. Reconocía perfectamente la voz de Gretel, abroncando a sus títeres.

Debieron pasar de largo, porque de inmediato se hizo el silencio. Pero duró poco: De nuevo rumor de pasos en el sótano, y otras voces en la habitación contigua.

—¡Salga con los brazos en alto! —gritó alguien, aporreando la puerta. Qué gracioso.

—¡No puedo! ¡Entren ustedes! ¡Y rápido! —De nuevo empezaban a resbalarme las manos. Los músculos me dolían como si alguien hubiera hecho un nudo con mis nervios y estuviera tirando de él con saña. Las ratas se habían puesto frenéticas, como intuyendo que era ahora o nunca.

—¿Qué quiere decir exactamente con eso de que no puede? —quiso saber la voz al otro lado de la puerta.

—¡Estoy prisionero, maldita sea! ¡Sáquenme de aquí!

Hubo un breve conciliábulo, se abrió por fin la puerta y aparecieron dos hombres con uniformes de campaña, casco y metralletas. Les vi yo a ellos, me vieron ellos a mí y se quedaron como boquiabiertos, petrificados por el asombro. Sólo reaccionaron cuando las ratas decidieron que más valían dos bistecs en mano que uno volando y se lanzaron en alegre tropel hacia sus botas militares.

Uno soltó una rociada de balas contra el suelo y el otro cerró la puerta.

—¡Eeeeeh! —aullé yo—. ¡Eeeeeeeh! —No se me ocurría nada más elaborado.

Pasaron unos minutos angustiosos. Se oían muchas voces fuera, discutiendo. Entendí frases del tipo: «*Ah, ni hablar, yo no me meto aquí por nada del mundo*». El suelo había quedado cubierto de

sangre, y las ratas supervivientes (la inmensa mayoría) despedazaban y devoraban a sus compañeras muertas. De vez en cuando, movían la cabeza para escrutarme con sus ojillos voraces, mostrándome de paso sus hocicos embadurnados de sangre.

—¿Que está rodeado de ratas? ¡Pero esto es… horrible! —Sonó una nueva voz, esta femenina y juvenil—. Pero ¿qué esperáis para sacarle? ¿Qué clase de hombres sois?

Por fin decidieron entrar. Usando mangueras a presión lograron hacer retroceder a las ratas lo suficiente para que yo pudiera dejarme caer al suelo y uno de los soldados me arrastrara al exterior.

Tembloroso y desnudo, me vi rodeado por una multitud de hombres uniformados, algunos de los cuales iban y venían, registrando, metralleta en mano, las otras dependencias del sótano. Entre ellos, había una chica, que era la que daba las órdenes. La que había ordenado rescatarme.

Se inclinó sobre mí, compungidísima.

—¿Qué le han hecho? —se preguntaba—. Esto es inhumano, no hay derecho, Gretel está cada día más loca —se contestaba. Y me sonreía, y trataba de darme aliento estrechando mi mano con la suya.

Dioses, era casi una niña. Le calculé unos diecisiete años. Una criatura dulcísima, de piel fina, cuerpo de adolescente y grandes ojos castaños, la modelo perfecta para una estatua consagrada a la primavera, a la inocencia, al despertar a la vida.

Aun en aquellas circunstancias, me hizo sentir consciente de mi desnudez. Me incorporé. Me temblaban las rodillas. Traté de cubrirme con la chaqueta que me dio uno de los soldados.

—No tengo palabras para expresarte mi agradecimiento… —balbucí.

—Ni falta que hace —dijo ella muy seria. Y luego—: ¿Quién eres? ¿Por qué te habían encerrado aquí?

—Es una historia muy larga. Me llamo James. Indiana James. ¿Y tú?

—Soy Suzanne, Sue para los amigos —dijo, como quien contesta a una pregunta formulada por pura cortesía.

—¿Sue qué?

Abrió mucho los ojos, sinceramente sorprendida.

—Ah, ¿pero no lo sabes?
—¿Rickenbauer? —pregunté, casi con aprensión.
—Claro —dijo ella.
—Por supuesto —corroboré yo.

# Capítulo III

Me llevaron arriba. Pude ducharme de nuevo y ponerme mis ropas. Después, bastante desfallecido, fui en busca de Sue, mi salvadora.

Estaban ocurriendo cosas curiosas. Los soldados, que debían sumar unos veinte, se dedicaban ahora a registrar milímetro a milímetro la casa, en plan metódico: No se les olvidaba ni levantar las baldosas ni arrancar concienzudamente el empapelado de las paredes. Algunos llevaban pequeños aparatos, vagamente parecidos a los contadores Geiger. Sus uniformes, observé, no correspondían a ningún ejército del que yo tuviera noticia. En un rincón vi un montón de paracaídas, y uno de los soldados me explicó que habían asaltado la casa aterrizando sobre el tejado y abriendo un boquete con explosivos.

Yo me estremecí: ¿qué demonios se estaba ventilando allí? Engaños, torturas aberrantes, comandos militares… todo parecía valer en aras de un fin que yo desconocía.

Habían instalado la Plana Mayor en el salón. Allí estaba Sue, tomando una copa en compañía de un nuevo personaje, un cincuentón entrado en carnes, con traje gris, gafas de montura de carey y un aire aburrido y anónimo. Parecía sacado del reparto de secundarios de una película de los años cincuenta.

—Robert —me lo presentó la chica—. Robert Murgatroyd.

—Encantado —el apellido no me decía nada, pero agradecí horrores que no fuera Rickenbauer.

Murgatroyd me ofreció asiento y una copa y yo aceptó ambas cosas, de las que andaba francamente necesitado. En tono cauteloso y exploratorio, dijo:

—Tal vez aún no sepa que Gretel y sus amigos han escapado.

—Creí que se habían atrincherado en el sótano —me sorprendí

—. Les oí meterse allí.

—Hemos descubierto una salida en el sótano. Un pasadizo secreto.

—Ah, ya —todo eso no me aclaraba nada. Tenía millones de preguntas que hacer.

—… pero es evidente que, antes que Gretel, Ally ha estado aquí. Usted trabaja para ella, ¿no?

—No.

A Murgatroyd se le escapó una mueca de contrariedad. Compuso el gesto enseguida, pero yo ya había advertido el fugaz destello de cólera en sus ojos neutros.

Sue, en cambio, sonrió comprensiva:

—No tienes nada que temer, Indiana. Nosotros no somos como Gretel. Es más, te haya contado lo que te haya contado Ally, sólo pretendemos que se haga justicia. A cada una lo suyo, y punto. Son ellas dos, cada una por su lado, quienes lo han liado todo con sus ambiciones. Por favor.

Resultaba francamente duro resistirse a una súplica formulada en un tono tan dulce. Hubiera sido como negarle un trozo de pan a un niño.

—Bueno, no trabajaba para ella —repliqué ambiguamente—. *Iba* con ella. Creí que éramos amigos hasta que me dejó en la estacada.

Murgatroyd asintió con la cabeza.

—Ya… ¿sabe si encontró la llave de Gretel?

Abrí la boca para decir que sí, confiando en que si yo les contaba lo poco que sabía, ellos me llenarían los huecos contándome lo mucho que ignoraba, pero no llegué a pronunciar palabra, porque uno de los soldados irrumpió a la carrera en el salón, gritando desencajado:

—¡Hay que salir inmediatamente! ¡Venga, fuera, fuera, fueraaa!

—¿Qué demonios…? —Se enfadó Murgatroyd.

—¡La casa está minada! ¡Hay explosivos de relojería en el sótano! Como una confirmación de lo dicho, retumbó una primera explosión.

Se resquebrajó una de las paredes, empezaron a caer cascotes, todo se llenó de polvo y yo eché a correr.

Nuevas explosiones jalonaron el precipitado éxodo de todos los presentes hacia la salida. ¡BOUMMM!, y se desplomaba un parte del

techo. ¡BOUMMM!, y las ventanas estallaban, escupiendo una metralla de fragmentos de cristal. ¡BOUMMM!, y el suelo amenazaba con hundirse mientras una nube de humo y polvo nos engullía.

Y los gritos de pánico, y las frases incoherentes, y el reflejo edipiano de uno que llamaba a su mamá, y la voz inconfundible de Sue, sobreponiéndose a todas las demás:

—¡La mala puta de Gretel, me cago en la cerda que la parió…!

Esta frase, que venía de unos labios segundos antes tan pretendidamente ingenuos e inocentes, me provocó un *shock* más fuerte que el de las propias explosiones. Y fue también esta frase, la que me impulsó a seguir corriendo una vez estuve fuera, dejando atrás, en la confusión, a Sue, Murgatroyd y algunos soldados que también habían podido salir a tiempo.

Corrí y corrí hasta que alcancé una carretera, donde hice auto-*stop* a un camión que pasaba por allí. El camión no paró, pero yo lo cacé al vuelo, me colé de un salto en la caja trasera y, una vez allí, me acurruqué en un rincón, despavorido. Habían sido demasiadas emociones en demasiado poco tiempo.

¿Dónde me había metido? ¿En qué madriguera de hurones enloquecidos había ido a caer? ¿Qué querían, los unos y los otros?

Preguntas éstas que me seguía haciendo cuando salté del camión al llegar a un pequeño pueblo, interrogantes irresolutos que seguía planteándome sentado junto al aldeano que accedió a llevarme a Innishgal en su «Land Rover» a cambio de cincuenta libras.

De una cosa estaba seguro: En el futuro, me negaría a entrar en relación con Rickenbauer alguno. Y, si por casualidad oía mencionar este apellido en mis proximidades, correría a encerrarme en mi habitación y me escondería bajo la cama.

Todo esto, en teoría. Porque, ya en el *Bed & Breakfast* de Innishgal donde me alojaba, empezó a picarme la curiosidad. La jodida curiosidad, fuente inagotable de tantos problemas, tentación rebosante de razonamientos del tipo de «Más vale que te enteres de qué se trata. De este modo, podrás evitar volver a verte metido en el lío…».

La curiosidad siempre ha podido conmigo. Debí ser gato en mi anterior reencarnación. Pero, a cambio del inconveniente de ser curiosos, los gatos recibieron la ventaja de tener siete vidas. Yo sólo tengo una.

Llamé a Zenna Davis, mi amiga periodista del *New York Times*, desde la única cabina telefónica del pueblo. A cobro revertido, por supuesto. Y a su apartamento, porque eran las tres de la madrugada, las diez de la noche en Nueva York.

—¡Indy, *voyou*! —me saludó, tan cosmopolita como siempre—. ¿En qué lío te has metido? ¿Se te escapó un *God Save The Queen* en algún tabernucho de Irlanda y ahora la masa enfurecida te acorrala, dispuesta a todo, en la cabina telefónica…?

—Rickenbauer —la corté—. Estoy metido en el lío Rickenbauer.

—¿Síiiiii? —Se entusiasmó—. ¿De veras? ¡Cuéntamelo todo, que tomo nota! Si es muy interesante, podemos pagarte un riñón, palabra…

—Es que no sé nada —admití compungido. Al parecer, mi ignorancia era de paleto integral—. He conocido a tres mujeres apellidadas así, y…

—*¿A las tres*? ¡Eso es magnífico, Indy! ¿De verdad no sabes que se trata de las tres esposas de Howard Henry Rickenbauer?

Aquí se me encendió por fin la lucecita. Howard Henry Rickenbauer; el nombre completo sí empezaba a sonarme. Concretamente, sonaba a tintineo de joyas y a crujir de billetes de banco.

—… decir H. H. Rickenbauer es como decir Nelson Rockefeller, o Paul Getty, pero a lo bestia —me explicaba Zenna—. Un ricachón. Un millonario entre los millonarios. Se murió a principios de año, el pobre. Pero fue hace cosa de un mes cuando estalló la bomba, cuando se hizo público su testamento. Desde entonces, su viuda y sus dos ex-esposas han estado acaparando titulares en los periódicos.

Empezó a hacerme un relato algo caótico de la historia sentimental de Rickenbauer. Más o menos, podría resumirse así:

H. H. Rickenbauer, magnate de poderosos tentáculos que abarcaban casi todos los aspectos de la actividad industrial y comercial, había estado casado tres veces. La primera, cuando aún no era ni demasiado viejo ni demasiado rico, con Gretel Hermman, matrimonio que duró diecisiete años y del que sólo se pudo librar después de un costosísimo juicio de divorcio. Acto seguido, de eso hacía una década, se casó con Ally Harris, que entonces tenía dieciocho. Fugaz alianza ésta, rota al cabo de tan sólo once meses, a

causa del cúmulo de infidelidades conyugales que en tan corto lapso logró acumular la chica. Finalmente, un año antes de morir, Rickenbauer dio la última campanada de su vida al llevar al altar a Suzanne Bussiéres, de dieciséis años recién cumplidos y con aspecto de tener catorce. De Suzanne se sabía que, pese a su juventud, no había tenido reparo en cuidar amorosa y abnegadamente del viejo hasta que exhaló su último suspiro.

—Ya ves —resumió Zenna al llegar a este punto—: A Gretel la odiaba como sólo se puede odiar a una esposa después de muchos años de matrimonio, jajá. De Ally estaba sinceramente enamorado, pero llegó a odiarla por ponerle cuernos y dejarle en evidencia. En cambio, de Suzanne, la viuda legal, acostumbraba a decir que era su amor puro y perfecto, un hálito de vida soplando sobre su decrepitud, y otras mamarrachadas por el estilo. Por tanto, se esperaba que la herencia iría integra a tan etérea criatura…

—¿Y no fue así?

—Qué va. El hombre tenía otros planes. El testamento ha resultado ser de los que hacen época.

Me hizo un resumen del texto legal. En su lecho de muerte, el magnate dejaba dispuesto que, *en principio*, todos sus bienes terrenales pasaran a manos de su viuda y de sus dos ex-esposas. Pero se proponía —decía él— que estos tres puntales de su vida, estas tres mujeres tan diferentes entre sí, estableciesen duraderos lazos de amistad y mutua confianza entre ellas. Por tanto, guardaba todas sus acciones, obligaciones, bonos, escrituras de propiedades y joyas en una gran caja con tres cerraduras. Cada una de las mujeres recibiría una de las llaves (*hélas*, pensé al llegar a este punto), mientras que la caja quedaría en manos de su fiel amigo, colaborador de toda la vida, Robert Murgatroyd, quien se encargaría de citar a las tres damas. Solas las tres, con Murgatroyd como testigo, procederían entonces a usar sus llaves para abrir la caja y, posteriormente, a repartirse su contenido *como les pareciera más conveniente.*

—… evidentemente, si el viejo creía que ésta era una manera de evitar líos y fomentar lazos de amistad, es que debía hallarse ya en pleno delirio pre-agónico —comentó Zenna—. Pero el testamento fue redactado en presencia de notario y testigos, y es legal.

—Tal vez no estuviera delirando —apunté yo, con retintín.

—Claro, eso es lo que piensan algunos. El viejo carcamal que no se resigna a irse al otro barrio sin dejar un buen follón montado en éste. La venganza machista de un millonario caprichoso. Qué quieres que te diga; lo entendería si Suzanne no estuviera implicada. La chica se portó bien con él; con segundas intenciones, esperando a que espichara para heredar, lo que quieras… pero no le dio motivo de queja. Lo último que hizo el viejo crápula antes de estirar la pata fue pronunciar su nombre…

Se notaba que el tema apasionaba a Zenna. Ella, la intelectual *post-post*-moderna que abominaba de folletines del tipo *Falcon Crest* o *Dinastía,* disfrutaba como una enana con la historia. Incluso había olvidado que la quilométrica conferencia era a su cargo.

—Bueno, pues apenas la diña el viejo —continuó—. Sue muestra su verdadera faz, se liga al infeliz Murgatroyd y le convence para emprender rauda huida, con él y con la famosa caja. Hay un codicilo en el testamento que dice que la caja debe presentarse, íntegra y sin señales de haber sido forzada, ante un juez para que los documentos que contiene pasen legalmente a manos de la heredera o herederas que la presenten. Fíjate en este detalle. *La heredera o herederas*. Esto se refiere a cualquiera de las tres, o a dos de ellas, o a las tres juntas. Si una se presenta sólita, con la caja y todo lo que contiene, suyo es. Y las otras pierden sus derechos.

—Comprendo. Y, desde entonces, las tres se están persiguiendo, dispuestas a conseguir todas las llaves al precio que sea.

—Eso parece. Pero si Ally o Gretel consiguen las tres llaves, aún les faltará dar con la caja, no lo olvides. A saber dónde la escondieron Suzanne y Murgatroyd. Y ahora que he acabado yo, empieza tú…

—Están en Irlanda, friéndose a tiros —resumí en plan titular—. Pero no seré yo quien se líe de nuevo con ellas. Manda a alguien a Innishgal. Se lo contaré todo y podrá seguir con el reportaje a partir de ahí.

—¿Mandar a alguien, dices? ¡Vengo yo misma! ¡Salgo zumbando para La Guardia, a colgarme de la cola del primer avión con destino a Dublín!

Al colgar, me sentía en paz conmigo mismo, y, muy muy aliviado. Vendría Zenna, me pondría yo bajo el manto protector del *New York Tintes*, cobraría una buena suma y, mientras ella se

zambullía en el fregado, emigraría a donde fuera y me olvidaría para siempre del apellido Rickenbauer.

Además, por una vez en la vida, podría proporcionarle una buena exclusiva a Zenna, en vez de dejarla frustrada y con la miel en la boca, como de costumbre[3].

Traté de alejar de mi mente el recuerdo de las tres arpías. Aunque, ahora, demasiado tarde, entendía algunas cosas. No todas, pero sí las suficientes. La tortura de las ratas, por ejemplo. La Gorda Violenta debía tenerla preparada para obligarle a confesar dónde escondía su llave a Ally o Sue, caso de que consiguiese capturarlas. El empeño en registrarlo todo que tenían unos y otros, el odio feroz que se profesaban, la contundencia de los métodos empicados en la lucha.

En todo esto estaba pensando, abstraídísimo, cuando entré en mi habitación. Al dar la luz, la nebulosa mental se disipó en un instante. El sobresalto fue notable.

Ally Rickenbauer, vestida de aviadora de los tiempos heroicos, estaba sentada sobre mi cama. Mc sonreía con un aire levemente compungido, como esperando una riña poco efusiva.

—¡Sorpresa! —me saludó.

—No sabes tú bien hasta qué punto lo es —repliqué, medio farfullando. Aunque una cosa y otra no tenían nada que ver, me pareció que su aparición era la justa penitencia para expiar el pecado de curiosidad que había cometido.

—Vamos. Indy, no pongas esa cara de pasmado —dijo ella con todo el desparpajo del mundo—. Tenemos que irnos. La avioneta espera en el hangar.

## CAPÍTULO IV

—No —dije firmemente—. No pienso ir a ninguna parte contigo. No, no, no y no.

—¿Debo interpretar que te niegas?

Mc lo preguntó así, con absoluto desparpajo, como dando a entender que se trataba de un simple tira y afloja de trámite al final del cual yo cedería.

—Un poco tarde, quizá, pero ya me he enterado de qué va el asunto —le dije en un tono de voz que tenía algo de ladrido—. Y no me interesa. Si mil millones de dólares os parecen pocos y os peleáis por los dos mil de las otras dos, es asunto vuestro. A mí, los problemas de los ricos me la traen floja —añadí groseramente.

Ally puso cara de pena:

—Yo me conformo con mi parte, Indy. Fue Sue la que se enrolló a Murgatroyd y desapareció con la caja, ¿no? Luego nos llamó a Gretel y a mí, por separado, ofreciéndonos cien mil dólares por nuestras respectivas llaves. ¡Cien mil dólares, fíjate qué miseria! Como nos negamos, empezó la guerra. Ahora también Gretel lo quiere todo. Pero yo me conformaría con mi parte, de verdad.

—No trates de conmoverme, Ally. Bastante con movido estoy ya. ¿Sabes qué ocurrió después de que huyeras dejándome en la estacada?

Se lo conté todo. Ella me escuchaba muy interesada, puntuando mis frases con una amplia gama de exclamaciones («*Oh, no.*», cuando Gretel me dejaba encerrado con las ratas, «*Ayayayay*», cuando me resbalaban las manos y estaba a punto de caer, «¡*Bieeeeen*!», cuando por fin me rescataban). Se comportaba exactamente como un niño en una sesión de cine de aventuras.

—¡Bah! —desistí, indignadísimo—. Es inútil. Haz lo que quieras.

Para mí, no existes.

Decidí actuar como si no estuviera en la habitación. Me fui hacia el lavabo adosado a la pared y empecé a lavarme los dientes.

—No seas rencoroso —me pedía ella—. Te daré el cinco por ciento de mi parte, hala.

—¡Grlrlrlrl! —Hacía yo, completando la higiene bucal con unas saludables gárgaras.

—Bueno, el diez por ciento.

Y yo me desnudaba y me metía en la cama, completamente ajeno a sus palabras y a su presencia. Nada mejor que el *best-seller* de Harold Robbins para evadirme.

—Viviremos la aventura juntos. Quizá lleguemos a ser muy… *muy* amigos… —se insinuaba, melosa.

—Ja, ja —me reía de una ocurrencia del protagonista de la novela.

—Si no me ayudas, me matarán, Indy.

Bostecé ostensiblemente, dejé el libro y apagué la luz.

—También te matarán a ti, claro —agregó.

—¿Quéeeee? —Di la luz y me incorporé de un sallo en la cama —. ¿Qué has querido decir con eso?

—Gretel sabe dónde estás. ¿No lo oíste? Cuando ella llegó y yo escapé, te grité: «¡Escapa, Indy, nos reuniremos en ese garito de Innishgal donde te alojas!» —dijo. Yo dudé: ¿Era un farol? De hecho, había oído muchos gritos y había entendido pocos. —Seguramente, a estas horas se dirige hacia aquí— prosiguió Ally. —Tú ignoras dónde tengo las dos llaves, pero ella eso no lo sabe. Por si acaso, te torturará *un poquito*. Ella es así, ya la conoces.

Claro que la conocía. Un estremecimiento involuntario me sacudió la columna vertebral.

—Por otra parte. Irlanda es un país pequeño. Sue y Murgatroyd tienen todas las salidas controladas: Detectives en los aeropuertos, confidentes en las estaciones de tren e informadores soborna dos en las terminales de líneas marítimas. Estamos metidos en una gran trampa —dramatizó—. Por suerte, en previsión de algo parecido, yo ya había tomado mis precauciones al llegar. Hay un viejo aeródromo militar no muy lejos de aquí. Es propiedad de un chillado que colecciona avionetas antiguas. Pues bien; le compré una. Se resistió un poco, pero se ve que, después de todo, la tenía

«repe». Podemos estar en Inglaterra antes de que salga el sol.

Yo seguí dudando. Pero sólo un ratito. Por lejana que pudiera parecer, la simple posibilidad de que me cazara de nuevo la Gorda Violenta sobraba para decidirse.

Así que me vestí, desperté a la dueña de la pensión para pagarle y dejarle una nota para Zenna («Zenna, me he metido otra vez en el lío. Si queda algo de mí, la hebilla del cinturón o la funda de oro de alguna muela, tuyo es. Éste es mi testamento») y nos fuimos en su coche al aeródromo.

A diferencia de otras instalaciones de este tipo en desuso, ésta estaba perfectamente cuidada. Tenía dos hangares en perfecto estado de revista, recién pintados de un tono gris azulado, con el nombre del propietario en grandes letras blancas: OSWALD PICKPOCKET.

* * *

Despertamos al señor Pickpocket, que vivía en una casita anexa. Resultó ser un hombrecillo canoso de mirada huidiza, con ese aire de locura inofensiva que distingue a los poseídos por la fiebre del coleccionismo.

Insistió en mostrarnos los dos hangares. Tenía allí reunidas algunas de las más venerables reliquias de la aviación ligera. Entre otros, vi un «Pfalz» y un «Fokker» alemanes, un «Stuka» de la Segunda Guerra Mundial, también teutón. En cuanto a los ingleses, poseía un «Spad», un «Tiger Moth», un «Hurricane» e incluso un «Gloster Gladiator», famoso por tener la ametralladora sincronizada con el árbol de la hélice, a través de cuyas palas escupía las balas.

El que había comprado Ally era un pequeño «Nieuport» británico, un biplano de la Primera Guerra Mundial. Biplaza, por tratarse de un modelo de instrucción.

—*¿Y vuela*? —pregunté aprensivo, dando vueltas alrededor del vetusto cacharro.

—Claro que vuela —se ofendió Pickpocket—. Están todos en perfecto estado de revista. Estooo… ¿se han fijado en la ametralladora? —Era imposible no fijarse; el aparato tenía una aparatosa ametralladora montada sobre la carlinga trasera—. Funciona y tiene balas —agregó el hombrecillo. Y, como excusándose—: Me lo vendieron así, y ya que ahora me lo

compran…

—Ah —dije yo. Tenía la sensación de que allí había algo que no marchaba como debiera.

—También encontrarán una caja con un equipo de emergencia en la carlinga de atrás. Bengalas, prismáticos, un bote salvavidas inflable… en fin, todas esas tonterías. Nunca se sabe.

Traté de escrutar su expresión. Pickpocket miró hacia otro lado. Entre una cosa y otra, yo me estaba poniendo un poco paranoico. Hice un aparte con Ally:

—Este tío está conchabado con Sue o con Gretel. Lo sé. *Lo siento.*

—No digas burradas. El señor Pickpocket tiene fama de persona honrada íntegra e insobornable en todo el condado. Vamos, que se nos hará de día.

No me convenció. Comprobé el nivel del depósito y revisé someramente el motor y el árbol de la hélice. Todo parecía en orden. Por fin me rendí. Sacamos el avión a la pista y despegarnos.

Mis recelos se disiparon un poco al ver que el «Nieuport» funcionaba como una seda.

El manejo del aparato era rústico, pero efectivo. Respondía como un cachorro dócil a los movimientos de la palanca de mando.

Volábamos bajo para evitar ser detectados por los radares militares. Tampoco llevábamos luces de posición. Nuestros únicos instrumentos de orientación consistían en una brújula y un mapa. Íbamos hacia el Este, en busca del canal de San Jorge y hacia Inglaterra.

No se presentaron problemas durante la media hora. Como el ruido del motor nos impedía hablar cómodamente, me dediqué a la meditación mientras pilotaba. De pronto, se me ocurrían muchas preguntas que hacerle a Ally sobre aspectos concretos del testamento Rickenbauer. Y también, de vez en cuando, pensaba en el extraño comportamiento del «insobornable» Pickpocket. No estaba tranquilo del todo.

Ally iba en la carlinga de atrás, escrutando la oscuridad y las tintineantes luces de los pueblecitos que sobrevolábamos con los prismáticos. Empezaba a clarear cuando hizo un descubrimiento importante:

—¡Indy, me parece que nos sigue un avión!

—¿Quéeee? —me alarmé.

Era cierto. Me bastó con girar la cabeza para comprobarlo. Lo teníamos a popa, volando a mucha más altura: Era un «Mirage». Y venía a por nosotros.

—Mierda… —gemí. Y, como si mis neuronas hubieran resultado vigorosamente estimuladas por el susto, comprendí por fin la actitud de Pickpocket: *Se había comportado exactamente como lo haría una persona insobornable después de ceder a un soborno*. Con vergüenza, y tratando de mitigar de alguna manera los efectos de su traición—. ¿Lleva distintivos? —le pregunté a gritos a Ally.

—Ninguno… ¡Ni de la OTAN, ni de la RAF, ni de las Fuerzas Aéreas Francesas…! ¡Nada!

¡Eso es cosa de la guarra de Sue, Indy!

—¡Puedes agradecérselo a Pickpocket el Integro! —Me enfadé. (Posteriormente, me enteraría de que el precio pagado por nuestros enemigos había consistido en un monoplaza «Blériot» de 1909, una verdadera pieza de museo ante la que la firmeza moral de nuestro coleccionista se había desmoronado).

A todo esto, el «Mirage» empezaba a escorar, como tomando posiciones con vistas a una primera andanada.

Y yo recordé algo sumamente importante:

—¡Ally! ¿Tienes las llaves de la caja?

—¡La mía y la que le quité a Gretel! —gritó ella por encima del estruendo del motor—. ¿Por qué?

—¡No dispararán! ¡Si derriban el avión, se arriesgan a destruirlas, con lo que perderían la herencia! —Y mientras decía esto, viraba a uno y otro lado, tratando inútilmente de sacarme al «Mirage» de la cola.

—¡Sí lo harán! —gritó Ally—. ¡Las llaves son de una aleación especial, indestructible! ¡Y disponen de aparatos que detectan esa aleación…!

Magnífico.

No me lo pensé dos veces: Empujé la palanca de mando hacia delante y puse proa a tierra, iniciando un picado.

Justo a tiempo, porque en ese preciso instante un proyectil pasó zumbando sobre el «Nieuport».

—¡Dispara, Ally! ¡Por todos los dioses, dispárales!

Enderecé ligeramente el avión para facilitarle la puntería. De todas formas, no contaba con que les diera. Hubiera sido un

verdadero milagro. Bastaría con meterles un poco de respeto en el cuerpo.

*Rakatakatakata*, castañeó la prehistórica ametralladora.

¡*THUMB*! ¡*THUMB*!, silbó a derecha e izquierda la respuesta de los otros, en forma de proyectiles
aire-aire.

Dioses, era como David contra Goliath. Como enfrentarse a un tanque con un simple cortaplumas en las manos. El «Mirage» debía ser de finales de la década de los sesenta, y, pese a no contar con los últimos adelantos en materia de misiles teledirigidos, sistemas térmicos de «busca y destruye» y otras lindezas, su ventaja seguía siendo abrumadora. Nos superaba en velocidad, en autonomía, en resistencia y, sobre todo, en capacidad destructora. Podía mantenerse fuera del alcance de nuestros disparos y desde allí freímos cómodamente.

Luego, ya sólo les quedaría buscar entre los restos del aparato con la ayuda del famoso detector y asunto concluido.

A menos que…

El mar. Al final de la inacabable llanura verde, en la luz incierta del amanecer, se adivinaba un horizonte marino. Estábamos ya muy cerca de la costa.

*Y ellos no nos destruirían sobre alta mar, porque, en este caso, las llaves se perderían para siempre bajo mil o dos mil metros de agua.*

Un cuarto proyectil (¡THUUUUMB!) ligeramente desviado y un grito de Ally («¡Indy, se me han acabado las balas!») me devolvieron a la cruda realidad.

—¡Agárrate, Ally!

De nuevo me zambullí de cabeza en un vertiginoso picado. Gemía Ally a mis espaldas, el viento inflaba la tela de las alas y chirriaba toda la estructura del «Nieuport», pero me mantuve firme en esta apuesta de ruleta rusa. Era la única maniobra que podía dificultar *de verdad* la puntería del «Mirage».

Yo ignoraba que los «Nieuport» habían llegado a obtener mala fama a causa de un «pequeño» defecto. No sabía que ese defectillo consistía en que, al entrar en un picado prolongado, la tela del ala superior solía desprenderse arrancada por la corriente de aire perpendicular provocada.

… Y eso fue precisamente lo que ocurrió. Se soltó la tela,

desapareció en un instante alborotada por el viento y el biplano entró en barrena.

—¡Indyyyyyyy…!

… caíamos girando como una peonza, chillando Ally y mudo de espanto yo. Recuerdo vívidamente lo que veía en aquel momento: En primer término, el parabrisas de mica en forma de media luna, después la hélice y más allá (pero cada vez más cerca, agigantándose por momentos), los inmensos pastos verdes, cuatro árboles perdidos en el océano de hierba, una turbera ardiendo, un campesino madrugador mirándonos alucinado y algunas cabras completamente indiferentes al drama. La imagen quedó grabada para siempre en mi cerebro.

Sería lo último que vería en mi vida.

Estábamos a cincuenta metros escasos del suelo e íbamos a estrellarnos sin remedio.

## CAPÍTULO V

—¡Indy, por Dios, haz algo! —exigió Ally. Sí, claro: *Haz algo*, así, en general. Las mujeres siempre tan razonables. A quince metros escasos del suelo, tenía un segundo para *hacer algo*—, podía elegir entre cien maniobras desesperadas y todas saldrían mal. No quedaba tiempo ni para pensar.

Abrí por completo el acelerador. Por *hacer algo*, simplemente, para evitar que Ally pudiera abroncarme una vez estuviéramos ambos en el infierno.

El «Nieuport» tosió, se estremeció y pareció que iba a desmembrarse en el aire a causa del brusco empuje de la velocidad adicional adquirida. Fue como si le hubieran dado una patada en el culo; se bamboleó… y alzó el morro.

—¡Muy bien! —Aplaudió Ally, como si evitar la colisión por pura chiripa y en el último segundo fuera la cosa más normal del mundo.

Yo no podía creerlo. Habíamos descrito media elipse, habíamos rozado la hierba con el tren de aterrizaje y ahora volábamos a cuatro metros de altura, en paralelo con el sucio. Nos habíamos salvado.

De momento, claro, porque el «Mirage» seguía en las alturas. Si nos elevábamos de nuevo, volveríamos a convertirnos en un blanco relativamente fácil.

En vuelo rasante, en cambio, el blanco era problemático. El «Nieuport» podía protegerse gracias a los obstáculos y las pequeñas irregularidades del terreno que a ratos, anulaban el ángulo de tiro de nuestros perseguidores.

De modo que empujé ligeramente hacia delante la palanca de mando y lo hice descender todavía más. Tres metros. Un poco más.

Dos metros. Ahí lo dejé.

Sin la tela del ala superior, el biplano vacilaba un poco, pero mantenía un equilibrio suficiente.

Calculé que faltaban diez millas para llegar al mar.

Diez millas demenciales, jalonadas por los cráteres que aquí y allá abrían los furiosos zambombazos del «Mirage», diez millas de aterrorizar a las cabras, de subir y bajar pequeñas lomas, de hacer slalom entre árboles y otros obstáculos y de esquivar casitas aisladas. Diez millas de puro frenesí, culminadas en el momento en que llegamos a un pequeño pueblo costero: Lo atravesamos por la calle mayor, *por debajo* de los cables de alta tensión que la cruzaban. Volaron las gorras de los pescadores que se dirigían a sus barcas y echaron a correr sus propietarios, no se sabe si persiguiéndolas o buscando algún refugio seguro donde esconderse.

Y después, el mar.

Mc sentí poeta. La azul inmensidad, la calma, la paz, el sosiego y todo eso. Respiré hondo, gané altura y me volvía para decirle a Ally que estábamos a salvo, que ya no osarían derribarnos.

—Claro —aceptó ella—. Pero tarde o temprano tenemos que volver a tierra, ¿no? Yo, de ellos, esperaría impaciente ese momento.

Tenía razón. El «Mirage» dejó de disparar, pero se mantuvo a la expectativa, sin perdernos de vista.

Yo ya no sabía qué hacer. Me enfadé:

—¡Maldita sea! ¡Si Sue y Murgatroyd tienen la caja, ¿por qué no la abren a patadas y santas pascuas?!

—¡Para que los documentos adquieran valor, es imprescindible presentarla íntegra ante un juez! —me recordó Ally, gritando para sobreponer su voz al rugido del motor.

—¿Y por qué no se buscan un buen cerrajero?

—¡Ja, ja! ¡Howard Henry se gastó un millón de dólares en la caja y en las cerraduras! ¡El material es indestructible, refractario a los rayos X y a cualquier otra cosa que puedas imaginar! ¡Si no se tiene la llave, es imposible abrirla sin forzarla!

Maldije mentalmente a H. H. Rickenbauer, cuyos retorcidos caprichos póstumos me ponían ahora, sin comerlo ni beberlo, en aquella situación de pesadilla.

Nos hicimos el canal de San Jorge en otra media hora, con el

depósito de combustible vaciándose por momentos y el «Mirage» pegadito a la cola, como un ave carroñera esperando pacientemente su oportunidad.

Yo pensaba. Fustigaba a mis neuronas obligándolas a concebir alguna idea brillante que nos sacara del apuro. ¿Bajar hasta el nivel del aguo y tirarse al mar con la lancha neumática? No, eso serviría de poco. Quedaríamos atrapados, a su merced. ¿Sacar un pañuelo blanco y agitarlo en el aire a modo de rendición incondicional, a ver si así nos permitían aterrizar sin freírnos? Tampoco, porque no podíamos fiarnos de ellos.

Pasaban los minutos, nos acercábamos a la costa inglesa y cada vez lo veía todo más negro.

… hasta que, de pronto, lo vi blanco. De un blanco lechoso, concretamente. Una bruma baja matutina, procedente de los acantilados occidentales británicos, ocultó por completo el mar de nuestra vista, y me dio a mí la idea.

La única que podía funcionar.

Sin darle explicaciones, le pedí a Ally que me diera una bengala y un trozo de cuerda. Encontró ambas cosas en la caja de emergencia. Até un extremo de la cuerda a la palanca de mando, y con el otro hice un nudo corredizo, sujetándolo en uno de los soportes del ala superior, y dejándolo flojo, de tal manera que, tirando del trozo sobrante, el nudo se apretaría y la cuerda se tensaría, empujando hacia atrás la palanca de mando. Clavé después la bengala de combustión lenta en el asiento de cuero, entre mis piernas. Quedaba justo bajo la cuerda.

—¿Qué te propones, Indy? —Quería saber Ally, muy intrigada.

—¡Ya lo verás! —le gritaba yo—. ¡Tú limítate a seguir mis instrucciones!

Bajé de nuevo hasta casi rozar el nivel del agua. Nos sumergimos por completo en la bruma. Yo le pedía a mi aliada *Lady* Suerte que no nos topáramos con ninguna barca de pescadores.

—¡Coge la lancha neumática, Ally! —La oí contestar que sí, que ya lo había hecho. Reduje la velocidad del «Nieuport» al mínimo practicable—: ¡Bien, nos encontraremos en la iglesia de Fishguard, ¿de acuerdo?!

—¿Quéeeee?

—¡Que te tires al agua con la lancha! ¡Nos reuniremos mañana

por la noche en la iglesia de ese pueblo!

—¡Pero ¿y tú qué harás?!

—¡Maldita sea, salta de una vez! —rugí.

Obedeció. No giré la cabeza para ver cómo le había ido. No quería saberlo. No de momento.

El resto del plan era más complicado. Protegido como estaba por la bruma, los del «Mirage» no podían ver físicamente al biplano, pero sí lo tendrían en su radar. Por tanto, era necesario engañarles, hacerles creer que nos habíamos estrellado, que las llaves estaban perdidas para siempre.

Me puse de pie sobre la carlinga, controlando con una mano la palanca de mando. Con la otra, agarraba el extremo colgante de la cuerda. El «Nieuport» seguía rascando sobre el agua.

Ahora venía lo más difícil. Tenía que hacer tres cosas en apenas un segundo de tiempo. Primer movimiento: Encender la bengala. Segundo: Tirar de la cuerda, hacer retroceder la palanca de mando al tensarla. Tercero: Tirarme al agua.

El propio «Nieuport» me escupió, y caí desmadejado, proyectado en el aire por la velocidad del biplano. Mi salto, en altura, no superaba los dos metros, pero cuando me zambullí me pareció que era cemento y no agua lo que chocaba contra mis huesos.

Mientras, el «Nieuport» ganaba altura.

Eso es lo que tienen los cacharros de los tiempos heroicos: Un manejo sencillísimo. Una sola palanca clavada en el suelo para todas las maniobras, derecha, izquierda, para arriba y para abajo. Y la palanca había quedado fijada en posición de ascenso vertiginoso. Podía imaginar perfectamente lo que estaba ocurriendo allá arriba.

… el «Nieuport» se ha convertido en un punto ascendente en los aparatos de detección del «Mirage». Los pilotos se miran sorprendidos: *¿Intentan salir de la bruma*?, se preguntan.

… mientras, la llama de la bengala encendida va quemando pacientemente todas las fibras de la cuerda…

Y llega el momento en que la cuerda se rompe, cede, y la palanca queda libre. Entonces el biplano hace un extraño, se desestabiliza, tal vez hace un rizo o un *looping*, o tal vez no, pero de todas formas acaba entrando en la última y definitiva barrena de su existencia. Empieza a caer como una piedra hacia el mar…

… *Se han estrellado. La cagamos*, se dicen desesperados los del

«Mirage».

Salí a la superficie a tiempo de oír el estrépito de la colisión. Estaba enclaustrado en la niebla, aterido por las frías aguas, pero me pareció que el resto era ya más fácil. Bastaba con nadar hacia la costa.

En realidad, no era tan fácil, porque había perdido por completo la orientación, pero *Lady* Suerte se compadeció de mi, al cabo de una hora, intervino en forma de barca de pescadores. Los pescadores me recogieron y me llevaron a su pueblo. De Ally, no había tenido la más mínima noticia. Tal vez ella sí había sido capaz de llegar con la balsa a la costa.

Pase unas horas en el pueblo en cuestión. Comí lo que me dieron los pescadores, dormí en la cama que me ofrecieron y les agradecí horrores su ayuda. Por la larde me despedí de ellos y partí rumbo a Fishguard.

El lugar de la cita con Ally estaba unas cuarenta millas al sur. Fui en auto-*stop*. Un camionero me dejó frente a la iglesia del pueblo, donde Ally ya me estaba esperando.

Parecía cansada. Luego supe que se había pasado siete horas remando como una desesperada. Nos quedamos frente a frente, mirándonos sin decir nada.

—Qué curioso, ¿no? —se decidió por fin ella.

—¿Curioso?

—Que aún estemos vivos.

Y ambos nos echamos a reír y nos fundimos en un abrazo.

—… lo mejor del caso es que ellos nos creen muertos —se alegraba, mientras yo me concentraba en el aspecto más puramente físico del abrazo—. Ahora sí que los tenemos despistados. —Y yo casi no la escuchaba; palpaba aquí y allá, comprobando que todo estaba en su sitio—. Tenemos que aprovechar esta ventaja…

La solté de golpe.

—No. Por mi parte se acabó. No pienso seguir corriendo detrás de ese dinero.

—¡Qué burro eres! ¡*Tenemos* dos llaves, Indy, y puedo averiguar dónde está la otra, la de Sue! ¡Tres mil millones de dólares! ¡Piensa en los trescientos que te tocarán de comisión…! ¿Hay algo que valga más que esto?

—Tal vez se trate de una opinión subjetiva, pero yo creo que mi

vida vale bastante más.

Se exasperó. Allí, en medio de la Plaza de la Iglesia de Fishguard, ante las miradas curiosas de los aldeanos, pateó el suelo tomo una niña pequeña.

—¡Indy, *te necesito*! ¿Es que no te das cuenta?

—Encontrarás decenas de mercenarios, gánster, mafiosos y aventureros en general a precios mucho más módicos.

Ally hizo un mohín, y después se quedó muy seria, bajando la vista. Con un simple impermeable amarillo, unos tejanos, camiseta y zapatillas, estaba irresistible. Hay mujeres que no necesitan ni quilos de maquillaje ni modelitos de revista para hacerte perder la cabeza. Indudablemente, Ally era una de ellas.

—Pero a ti te quiero, Indy —dijo muy bajito, como estremecida por la emoción.

La obligué a alzar la cabeza para ver sus ojos. De nuevo nos quedamos frente a frente, mirándonos y, en cierto modo, era como un duelo, como la escena final de *La muerte tenía un precio*, cuando Lee Van Cleef y Clint Eastwood intentan derretirse el uno al otro con sus expresiones impasibles.

De pronto, me eché a reír. Ally hizo un esfuerzo, lo intentó haciendo fuerza con los molletes y apretando obstinadamente los labios, pero también a ella acabó escapándosele la risa.

—Bueno, por lo menos lo he intentado, ¿no? —dijo cuándo el acceso de hilaridad cedió un poco, permitiéndole hablar.

—Qué jeta tienes, tía… ¿A cuántos has engañado con esta escenita?

—Hum… a varios. Entre ellos, a Howard Henry, en paz descanse.

Y seguimos riéndonos como locos, y cuando ella me pidió que la acompañara a los Estados Unidos, a buscar la tercera llave, le contesté que sí, que de acuerdo, que a lo mejor nos mataban entre horribles torturas pero que, de todas formas, sería divertido.

## CAPÍTULO VI

Fuimos a Londres en tren y, en Heathrow, tomamos el primer vuelo con destino a Nueva York.

Después de la desaparición de la caja, me había contado Ally, Sue y Murgatroyd emprendieron un misterioso viaje, acompañados por un pequeño ejército de mercenarios. Ally pensaba que habían ido a esconder la caja. Y tenía una lista con los nombres de cuatro de esos mercenarios.

—¿Cómo la conseguiste? —le pregunté, ya en el avión de la British Airways.

—Oh la tenía un amigo de Murgatroyd —explicó.

—¿Y te la dio por las buenas?

—Es que… en fin, *me enamoré* locamente de él, ¿entiendes? Entendía perfectamente. No necesitaba más aclaraciones.

Por aquello de instruirme y entretenerme durante el largo viaje, había comprado un libro en Heathrow. Se trataba, concretamente, de *El camino hacia la cima*, la autobiografía de H.
H. Rickenbauer,
publicada después de su muerte.

Se parecía un poco a la novela de Harold Robbins. Desde su cima forrada de dólares, Rickenbauer rememoraba al principio sus humildes orígenes, hijo de ferroviario y telefonista, empleado como botones en un hotel de segunda. Poco a poco iba progresando, gracias a hábiles tretas financieras. Su primer millón lo lograba con un negocio de coches usados. A partir de ese momento, empezaba a progresar imparablemente…

El libro desvelaba rasgos significativos de la personalidad del millonario. Por ejemplo: no se privaba de relatar alegremente sutiles astucias, calculados golpes de mano que le enriquecían

mucho más a él y dejaban en la más absoluta miseria a otros. Además, era vengativo. Afirmaba que «el que se la hacía, la pagaba», e ilustraba la máxima con varios ejemplos. Al director del hotel donde trabajara de botones, que en su momento le había negado un préstamo para montar el negocio de compra-venta de coches, le arruinaba diez años más tarde por el sistema de edificar un lujoso hotel frente al suyo, poniendo las habitaciones a mitad de precio. Anécdotas de este tipo, había varias en el libro.

A medida que avanzaba en la lectura, me iba componiendo la imagen de un antecesor directo (y quizás incluso el inspirador de la idea para los guionistas de la serie «Dallas») del pérfido J. R.

No hablaba demasiado de sus tres esposas. De Gretel decía que fue el error de su vida, un error que se prolongó, a modo de amarga penitencia, a lo largo de diecisiete años.

A Ally apenas le dedicaba un par de líneas despectivas. «De mí, sólo quería el dinero. El amor lo aceptaba de cualquier otro».

—¿Qué pasó? —le pregunté a la chica.

—Estaba un poco vejete. Además, tenía un chófer muy guapo. Y un profesor de tenis que no quieras saber tú. Por no hablar del hijo de su mayordomo… ¿Qué culpa tengo yo, si soy tan enamoradiza?

—… Y él se enteró y pidió el divorcio. Ally hizo un mohín de disgusto.

—Sí. Tenía detectives que me seguían. Cargado de pruebas, consiguió conmover al juez con las enormes proporciones de sus cuernos. Total, que me tuve que conformar con una miserable pensión de cinco mil dólares mensuales, cuando Gretel había conseguido cuarenta mil tan sólo un año antes. Por eso Gretel puede permitirse el lujo de contratar matones. Sue y Murgatroyd también pueden. Yo, en cambio, participo en esta carrera en plan de paria, con todas las desventajas del mundo…

—¿Y por qué te ha incluido en el testamento? —me extrañé.

—Porque estaba chalado. Porque chocheaba cuando lo escribió… ¡qué sé yo! Donde Rickenbauer perdía la chaveta y el norte literario era al hablar de Sue.

Según Ally, el resto de la «autobiografía» había sido redactada por un *negro*, un escritor profesional asalariado, mientras que el tema Sue se había empeñado en tocarlo personalmente. El resultado era literariamente pobre y psicológicamente curioso:

«... y *encontré a Suzanne. Radiante adolescente que es etérea sustancia de una ilusión ya casi perdida. Todo en ella me cautivó. Virginal presencia, engaña a la Parca con su radiante sonrisa. Mi preciado refugio, mi mejor baluarte, mi ángel amigo...*».

Qué colado estaba, el tío, pensé. Y qué poco conocía a la interesada Sue, capaz de hacerse pasar por el ser más ingenuo del mundo y también de mostrar su verdadera faz escupiendo exabruptos de carretero. Y qué mal escribía.

Estos párrafos me produjeron una sensación extraña. No casaban con el resto del libro y, de alguna manera, parecían apuntar más allá de una simple glosa de Sue. Los leí y los releí, pensando que quizás allí encontraría la clave de su desconcertante testamento, pero no llegué a ninguna conclusión.

Al llegar a Nueva York, Ally y yo nos pusimos de inmediato manos a la obra. Su lista constaba de cuatro nombres: Fast Martin. Coronel Sarth. Killer Pérez y Bloody Riverside. O sea: Martin el Rápido, el coronel Sarth, Asesino Pérez y Sangriento Riverside. Nadie como los mercenarios rinde culto a los apodos.

No conocía personalmente a ninguno de ellos, pero sí conocía a otros soldados de fortuna y ya se sabe que tirando del hilo acaba por salir el ovillo. Mis primeros contactos me explicaron que se trataba de tipos especialmente duros, y lo demostraron relatándome algunas barbaridades cometidas por los cuatro energúmenos, juntos o por separado. Pero no sabían dónde encontrarlos.

Finalmente, en un garito tenebroso, me dieron razón del primero de la lista.

—¿Fast Martin? —dijo un ex-mercenario mutilado al que para más inri le faltaba un ojo—. ¡Ah, el bueno de Martin! ¿Sabes que cada vez que mataba a alguien se sentaba sobre su cadáver y leía en voz alta una parrafadita de una novela titulada *Ulysses*, de un tal Joyce? Debía ser buena, porque se emocionaba mucho...

—¿Sabes dónde puedo encontrarlo? —Me impacienté. No estaba para más anécdotas macabras.

—Hum. Tendrás que ir al cementerio.

—¿Trabaja de enterrador? —me sorprendí, ingenuo de mí, pensando que se habría regenerado.

El mutilado se rió de buena gana y pidió otro *whisky* doble.

—No, pero le dio un poco de trabajo al enterrador. Lo mataron. Pluf. Kaputt.

Me lo contó con pelos y señales. Le encontraron asesinado en su apartamento del Bronx. Por lo visto, le habían abierto el vientre en canal y luego le habían estrangulado con su propio intestino. Se ignoraba quién y por qué lo había hecho.

—Gretel —dijo después Ally, en el hotel—. Eso tiene la firma de Gretel.

A Fast Martin le habían torturado y matado de esta forma, y a Coronel Sarth, en cambio, le aplicaron un lento gota a gota con ácido sulfúrico, hasta dejarlo convertido en una cosa irreconocible. De estos dos casos, ambos recientes, nos enteramos en Nueva York.

Viajamos después a Miami, siguiendo la pista de Killer Pérez. Aparte de mercenario, Pérez era un apasionado coleccionista de mariposas. Cuando llegamos a su casa, la policía estaba allí. Gracias a un carnet de prensa pude colarme entre los polis y ver su cadáver clavado en aspa en una de las paredes. Habían utilizado los sujeta-cortinas domésticos como lanzas.

—Gretel —repitió lívida Ally—. Les está interrogando uno a uno, para saber a dónde fueron a esconder la maldita caja.

—¿También ella tenía la lista? —dudaba yo.

—La debió conseguir. *Estas cosas* sólo puede hacerlas Gretel. Acuérdate de lo de las ratas.

Nos quedaba Bloody Riverside. Nuestras informaciones le situaban en el desierto de Arizona, viviendo en una cabaña e intentando escribir la Gran Novela Americana. Al parecer, este empeño le venía de lejos; llevaba décadas intentándolo y, como no lo conseguía, de vez en cuando se desahogaba matando a quien fuera en la guerra que fuera.

Nos fuimos pues a Arizona.

Alquilamos un «Land Rover» para internarnos en el desierto. Cuando después de horas de travesía nos acercábamos ya a la cabaña, vimos un helicóptero volando en dirección contraria. En ese momento, no le dimos importancia al detalle.

Sí se la dimos al llegar a la cabaña. Para empezar la puerta estaba abierta y había salpicaduras de sangre en el zaguán.

—¿Riverside? —pregunté yo precavidamente—. ¿Estás ahí?

Por toda respuesta, sonó un gemido gutural, un sonido espeluznante que nos heló la sangre en las venas.

Entramos con todas las precauciones del mundo y algunas más.

La cabaña tenía una sola habitación, y por esa habitación, desgreñado y con ojos de loco, se arrastraba Bloody Riverside. Se arrastraba por la sencilla razón de que le habían cortado las dos piernas. Aunque tenía torniquetes, hechos con ligas femeninas, en los muñones, nadaba prácticamente en su propia sangre. En el suelo vi una sierra de bricolaje y sobre una mesa, detalle grotesco, una gran fuente con alimentos recién cocinados.

Bloody se puso frenético al vernos. Empezó a gemir y a suplicar aterrorizado:

—Queunchancho, al sur de San Luis de Potosí, junto al río Santa María, lo juro, es verdad, llevaban la caja, no quiero comer más, no sé nada de la llave, lo juro, Queunchancho, por favor, por Dios, por piedad, no quiero comer más… —recitaba, confundiéndonos con sus torturadores en pleno delirio.

Me incliné sobre él. Jamás en mi vida había visto a alguien tan despavorido.

—Tranquilo, somos amigos. ¿Qué ha ocurrido?

—¡Indyyyyy! —chilló histérica Ally a mis espaldas. Y, sin esperar respuesta, salió a la carrera de la cabaña. La oí vomitar fuera.

Una sospecha espeluznante estaba tomando cuerpo en mi mente. Con el aire petrificado en los pulmones, me acerqué a la fuente de la comida. El aire se convirtió en cieno puro y también yo tuve que salir inmediatamente a aliviarme.

Ahora ya sabía lo que le había ocurrido a Riverside. Primero, le habían serrado las piernas. Después, las trocearon, les añadieron sal y especias, las metieron en el horno y *le obligaron a comérselas.*

Esta vez, Ally no dijo nada. Lo hice yo:

—Gretel —dije. Bastó con eso.

Antes de expirar, Riverside aún tuvo tiempo de confirmarnos la teoría entre delirios aterrorizados. Hablaba de dos matones acompañados por un monstruo grande y amenazador.

Habíamos llegado una hora tarde. La Gorda Violenta se marchaba en el helicóptero cuando nosotros veníamos.

Después de enterrar a Riverside, emprendimos viaje de vuelta.

En Phoenix, capital del Estado, tomamos un vuelo rumbo a México Distrito Federal, y en el mismo aeropuerto de la ciudad azteca nos montamos en un avión que iba a San Luis de Potosí. El viaje entre San Luis y Queunchancho lo hicimos en autobús.

Yo distraía todos esos viajes repasando la biografía de Rickenbauer. Cada vez estaba más convencido de que el testamento era la última sutil venganza del viejo carcamal. Lo había dispuesto todo para provocar el enfrentamiento y la carnicería entre sus tres esposas. Su desmedido amor por Sue no casaba con la teoría… pero quizás allí había que buscar la razón de la intervención de Murgatroyd, fiel amigo del viejo. Tal vez, pensé, Rickenbauer quería que fuera su idolatrada Sue quien acabara con las otras dos. No era una hipótesis muy firme, pero podía apuntar una explicación.

México es un país de contrastes. Tiempo atrás, había pasado por San Luis de Potosí, rumbo a Tampico,[4] y la cara del Estado que vi entonces tenía poco que ver con la que fui descubriendo conforme avanzábamos hacia el sur. Si en la altiplanicie todo es seco y árido, en los límites con los Estados de Guanajuato y Querétaro, por donde corre el río Santa María, aparece un vergel exuberante de sierras y bosques casi tropicales.

En medio de esta selva, en la sierra de Piñal de Amoles, está el pueblo de Queunchancho, que ni siquiera aparece en los mapas, tres docenas de barracas mal apuntaladas, habitadas por indios huastecas y mestizos de todas las razas habidas y por haber.

En Ciudad de México habíamos comprado un pequeño arsenal de armas, precaución comprensible ante el peligro de toparnos con la Gorda Violenta. Pero cuando se la describimos a los nativos del lugar, no supieron darnos razón de ella. O no pensaba venir, o aún no lo había hecho.

Los habitantes de Queunchancho sí recordaban en cambio el paso de una expedición de gringos muy generosos, unos dos meses atrás. Iban armados hasta los dientes, nos explicaron. Y todos los hombres fueron capaces de describirnos a Sue con una sonrisa extasiada.

—¿A qué se dedicaron, mientras estuvieron aquí? —le preguntó Ally a un viejecito muy hablador, bebiendo cervezas los tres ante su barraca.

—Se fueron río abajo, en sus balsas —contestó en español. Y miró preocupado y caviloso el potente caudal del Santa María, que rugía y espumeaba a nuestros pies, barranco bajo—. Mala cosa, el Santa María. Hay que tenerle respeto. Es bravo e indómito. No tolera que lo monten.

Yo miré las aguas rápidas, sobre un lecho de caliza. Los había visto peores.

—Parece navegable —opiné.

—Aquí sí, pero más adelante, en los cañones… —Y dejó la frase inconclusa, cargándola de un significado repleto de malos augurios.

A Ally no le importaban este tipo de detalles. Fue directa al grano:

—¿Se marcharon solos? ¿No contrataron a nadie del pueblo, algún guía o algo por el estilo?

—Claro. Manuel se fue con ellos. Manuel conoce bien esta parte mansa del Santa María.

Le dije que nos gustaría hablar con el tal Manuel.

—Les llevaré a su casa —se ofreció el hombre—. Pero no podrán hablar con él. Es sordo y mudo.

De todas formas, nos entendimos con Manuel. Era un mestizo de piel quemada por el sol y aire furtivo. Lucía un aparatoso vendaje en el hombro derecho. Mediante gestos y sonidos guturales, nos habló de la expedición de los gringos. Dibujaba en el aire una enorme caja, movía la mano para sugerir el discurrir las aguas del río abría los brazos para dibujar la entrada de una gruta y finalmente, como un actor de mimo, simulaba que cavaba afanosamente…

También mediante gestos, le pregunté si estaría dispuesto a llevarnos a ese lugar. Nos miró, sonrió, y dibujó varios billetes en el aire.

… Y, en ese momento, lo confieso, en mi mente aparecieron los trescientos millones de dólares que me correspondían como comisión de la herencia Rickenbauer. Con un poco de suerte, si Sue y Murgatroyd habían guardado su llave con la caja, la fortuna sería nuestra.

# CAPÍTULO VII

Partimos al despuntar del día siguiente en una lancha sin motor, porque en un rió como el Santa María maldita la falta que hacía el moto r.

El caudal de las aguas se ocupaba sobradamente de arrastrarnos. Aquí y allá, en medio del río, algún gigante sádico había depositado enormes peñascos para que el navegante poco experto se estrellara contra ellos. El color verde azulado del río se volvía blanco en los rápidos, donde el cauce se estrechaba, el desnivel era mayor y las aguas corrían violentas.

Ally no paraba de refunfuñar ante tanto obstáculo, y Manuel nos daba a entender con gestos que aquello era una simple broma, que más adelante de nuestro punto de destino el peligro aumentaba considerablemente.

A eso de mediodía llegábamos a un gran re manso de aguas profundísimas y casi encalmadas. Manuel agitó los brazos y señaló hacia una colina arbolada. Habíamos llegado.

Como se suponía que teníamos que regresar con la caja, dejamos la mayor parte del equipaje en la balsa amarrada. Nos llevamos tan sólo un pico, una pala, unos prismáticos y un revólver del «38», pequeño y preciso. Ally llevaba colgadas del cuello su llave y la de Gretel, ambas con tres complicadísimos dentados y de un material que no había podido identificar.

Tras diez minutos de abrirnos paso a través de la densa vegetación, alcanzamos la entrada de la cueva, en una pared de roca caliza.

—¿Es aquí? —le pregunté a Manuel—. ¿Seguro?

El mexicano sonrió y se hizo a un lado, invitándonos a entrar y cediéndonos el paso. Ally estaba exultante:

—¡Ya lo tenemos, Indy! ¿Te das cuenta? ¡Somos millonarios! —estalló. En un arrebato, dio varios pasos de baile, besó a Manuel, me quitó a mí la pistola y disparó dos veces al aire en señal de júbilo.

Como un eco de los dos estampidos, sonaron otros doscientos, al tiempo que varias ráfagas de balas surgían como esputos mortíferos de la boca de la cueva.

Por suerte, no estábamos justo en frente. Ilesos pero petrificados de espanto, nos miramos los unos a los otros. Fue entonces cuando, por encima del hombro de Ally, vi a un tipo uniformado entre los árboles. Llevaba una metralleta.

¡*Rakatakatakata*!, rugió el arma.

—¡Agf! ¡La puta que los parió! —se quejó en voz alta Manuel, alcanzado en el hombro.

Ally se había tirado al suelo. Desde allí, vació el revólver contra los árboles. Ahora le tocó el turno de gemir al tipo uniformado.

—*Pero ¿tú no eras sordomudo*? —le grité a Manuel.

—¡Corran! ¡Es una trampa!

Lo que es correr, ya corríamos. Volábamos prácticamente a través de la selva, perseguidos por el pequeño ejército uniformado que había vomitado la cueva. Qué imbéciles habíamos sido, pensaba yo. Habíamos corrido hacia el cebo como estúpidos cervatillos. Nos esperaban dentro de la cueva con un hombre agazapado en la selva para cortarnos la retirada. De haber entrado, a estas horas estaríamos muertos.

Si la ida la habíamos hecho en diez minutos, para la vuelta nos bastaron dos. Silbaban las balas a nuestro alrededor, destrozando ramas de árboles y abriendo cráteres en el suelo detrás de nuestros talones.

—¡Que no escapen! ¡Tirad a matar! —Se sobreponía la voz de Sue Rickenbauer a los gritos guerreros de sus hombres.

Al llegar a la orilla del remanso, nos abalanzamos sobre la balsa como quien se tira de cabeza a una piscina. Allí teníamos el resto del equipaje, y eso incluía una pistola ametralladora «Ingram».

La atrapé, giré el cuerpo y mandé una primera rociada a los árboles de la orilla.

Eso sirvió para frenarles. Pero se parapetaron tras esos mismos árboles y abrieron fuego a discreción.

Ally y yo nos agachamos justo a tiempo. Las balas pasaron rascando sobre nuestras cabezas y provocaron salpicadura de agua más allá de la balsa. Todas menos una. La que paró Manuel con su cuerpo.

No era su día. Primero un hombro, y ahora, herida mortal de necesidad, el estómago. Se desplomó sordamente.

Nueva ráfaga contra la orilla, mientras la balsa, con las amarras cortadas de un solo tajo, empezaba a adentrarse en el remanso con una lentitud exasperante.

—No… —gemía Manuel—. Por la Virgen María, no, pare la balsa…

No sabía qué quería decir. Lo único que sabía era que nos había engañado, que estaba conchabado con los otros y nos había conducido alegremente a la trampa mortal. Por tanto, no era cuestión de hacerle caso, por más que estuviera agonizando.

Íbamos pegados al suelo de la lancha. De vez en cuando, yo sacaba un poco la cabeza, y veía un brazo, una cara, algún movimiento furtivo entre los árboles. Entonces disparaba. Eso les impedía acercarse y dificultaba su puntería.

La balsa empezaba a ganar velocidad. Más allá del remanso, el río desaparecía tras una curva.

Nueva ráfaga intimidatoria contra la orilla. Nueva contrarráfaga. Una bala me hizo la raya en el pelo y otras dos se incrustaron en un paquete de provisiones, a diez centímetros escasos de mi brazo derecho.

Faltaban diez metros para la curva. Era nuestra esperanza, nuestro paraíso prometido, nuestro Shangri-La, nuestra salvación, la utopía inalcanzable que podría ponernos fuera del ángulo de tiro de los otros.

Ahora que estábamos más lejos, varios hombres uniformados se atrevieron a avanzar hacia la playa del remanso. Yo no tenía balas. Palpaba desesperado el fondo de la lancha, tratando de dar con algún cargador.

Los mercenarios alzaron sus armas e hicieron puntería. Nos tenían en campo abierto, sin ningún obstáculo de por medio. Podían barrer metódicamente todo el remanso…

—Nos está bien empleado, la avaricia rompe el saco, por qué no me quedaría en casa, me cago en el mamón de Manuel… —gemía

Ally con el tono monocorde de quien eleva al ciclo sus postreras oraciones.

Y, de pronto, la balsa aceleró.

Un inesperado y potente tirón del río triplicó en un instante su velocidad, la proyectó hacia la curva, mientras yo, que había cerrado los ojos, parpadeaba y veía estallar el agua en mil salpicaduras en el lugar donde estábamos una milésima de segundo antes.

*Qué suerte,* pensé.

—¡Indyyyy! —chilló Ally, que estaba encarada al sentido de avance de la balsa.

Y una nota de espanto vibraba en los gemidos de dolor de Manuel, y yo me volví para mirar hacia delante, y apenas si tuve tiempo de ver el remolino de espuma en que desaparecía bruscamente el río, y me agarré a donde pude, y ya estábamos *volando,* cayendo por una cascada sin fondo, agua por todas partes, una nube de microscópicas gotas blancas que herían como agujas de cristal.

«*… El Santa María es bravo e indómit*o», nos había dicho el viejo de Queunchancho.

«*No tolera que lo monten*».

Debieron ser diez o doce metros. Rebotó la balsa al llegar abajo, se hundió en el agua y reflotó violentamente, proyectando utensilios, provisiones, equipaje en general, en un radio de veinte metros a la redonda. Yo había agarrado a Manuel y Ally me abrazaba la cintura, tendida bajo los bancos de la lancha, y sólo gracias a eso no fuimos escupidos contra las rocas.

Tardamos en reaccionar. Nos habíamos metido en una especie de cañón. De momento, el peligro había pasado. Los meandros del río y las enormes peñas que lo bordeaban imposibilitaban que los mercenarios de Sue nos siguieran por tierra.

—Manuel, ¿tú no eras sordomudo? —repitió Ally la pregunta formulada siglos atrás, ante la entrada de la cueva.

El mexicano agonizaba, tendido sobre los bancos.

—Dé gracias a su suerte, señorita —habló con dificultad—. Disparó al aire y creyeron que habían sido descubiertos… Si llegan a entrar en la cueva…

—Pero, *¿por qué*? ¿Por qué nos hiciste eso?

—Por dinero, señorita, por dinero. No debiera sorprenderle. Ustedes disponen del suficiente para vivir cómodamente, pero aun así se pelean y se matan por conseguir mucho más. Si usted no siente respeto por su propia vida, tampoco tengo por qué sentirlo yo. Ya ha visto cómo vivimos en mi pueblo… nosotros necesitamos dinero para subsistir como personas, no como animales… Ustedes se matan por un quítame allá esa alberca, por tener diez coches en vez de uno…

—La chica jovencita y el señor mayor os ofrecieron una buena recompensa por engañarnos y llevarnos a la trampa, ¿no es así? —dije yo, refiriéndome a Sue y Murgatroyd.

Asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí. Hubiéramos construido casas decentes en el pueblo, una escuela… todos estábamos de acuerdo —y sonreía al imaginarlo.

Tenía razón, desde su óptica. Casi avergonzado, desvié la mirada, fijándola en el cauce del rió. Seguía manso y despejado de obstáculos, pero, a lo lejos, rugía sordamente. Una nueva cascada, o quizás unos rápidos, pensé.

Quedaba una cuestión por aclarar con Manuel:

—¿Por qué te hacías pasar por sordomudo?

—Para no ir vendido. Para enterarme de lo que se decía a mis espaldas. Es un buen sistema. Así supe que la primera expedición, cuando escondimos la caja en la cueva, era sólo para engañar a los cuatro soldados que traían con ellos. Ellos, la chica y el abuelo, planeaban regresar luego solos y quitarla de ahí, y enterrarla en otro lujar, río abajo…

—¿En *qué* lugar? —le urgió Ally.

Manuel respiraba fatigosamente. Sus ojos se habían puesto vidriosos. Hizo un último esfuerzo:

—… lago Pestilente, el mapa está en la herida… —Y cerró los ojos, y luego los abrió, y así se le quedaron.

Estaba muerto.

Yo ya había captado la idea. Habíamos sido víctimas de una argucia desde el principio. El tipo que le sopló la lista de los cuatro mercenarios a Ally (y también a Gretel, supuse), lo hizo a instancias de Sue. Nos habían sembrado de pistas un camino que conducía a la boca del lobo, para atraemos, para conseguir las malditas llaves. Y los cuatro infelices masacrados por Gretel, habrían resistido

heroicamente las torturas antes de confesar precisamente lo que Sue quería que confesaran.

Todo muy retorcido. Maquiavélico.

—¿Que ha querido decir con eso del mapa y la herida? —se extrañó Ally.

Por toda respuesta, lo quité a Manuel el vendaje que tenía en el hombro. Debajo no había ninguna herida, y si un trozo de papel con un mapa esquemático dibujado a lápiz. La referencia era el rió Santa María, por donde navegábamos. Una cruz señalaba la cueva y otra, rió abajo, tras el cañón de la Noche el lago Pestilente, tierra adentro. El camino para llegar allí estaba marcado, y también el punto de referencia con el río: Dos nuevas crucecitas con la inscripción *Peñas Gigantes.*

—O sea, que ahí es donde *de verdad* está la caja, ¿no? —se animó Ally.

Pregunta ésta que quedó sin respuesta. Sobre el perfil de las paredes calizas del Santa María acababa de aparecer un helicóptero «Kobra» de combate.

Sue y Murgatroyd volvían a la carga.

Del equipaje, sólo nos quedaba un remo, los prismáticos, las llaves de Sue, un machete y la «Ingram», con un solo cargador.

Disparé una ráfaga de advertencia.

El helicóptero se mantuvo en las alturas. Desde ahí, nos lanzaron un par de bombas. Estalló una a la derecha y otra a la izquierda de la balsa.

Para colmo, el agua del Santa María se volvió blancuzca ante la balsa, y nos precipitamos hacia unos rápidos salpicados de piedras y peñascos.

Estábamos listos.

# CAPÍTULO VIII

Fue el propio Santa María quien nos ayudó.

Tras los rápidos, el río se adentraba de repente en un impresionante cañón (el Cañón de la Noche, decía el mapa), estrecho y con paredes verticales de medio quilómetro de altura, práctica mente cerradas a la luz solar. En pleno día, nos vimos sumergidos en un crepúsculo estremecedor que, paradójicamente, nos salvaba la vida al impedir las maniobras del «Kobra» y ocultarnos de su vista.

Recorrimos el cañón gozando del respiro que se nos ofrecía. Se prolongaba a lo largo de unos siete quilómetros. Y en la misma salida, vimos dos enormes peñas gemelas, cuya forma vagamente humana sugería a dos gigantescos guardianes de aquella maravilla de la naturaleza.

Amarramos la balsa y nos internamos de nuevo en la selva.

Ascendimos por empinadas laderas, nos abrimos paso a través de la vegetación a golpes de machete y, al caer la noche llegábamos a la pequeña depresión donde estaba Lago Pestilente. No había ningún letrero indicando el nombre, pero su aroma era inconfundible.

Era un pantano cenagoso, rodeado de tupida vegetación tropical. En un claro cercano, descubrimos un pequeño campamento formado por tres tiendas de campaña de tipo militar.

No había señales de actividad. Tan sólo un guardián uniformado dormitando recostado contra un árbol, con su arma entre las rodillas. Si había más, debían estar durmiendo.

—Te será fácil sorprenderlo, ¿verdad? —me susurró Ally mirando significativamente mi machete.

Yo había tenido mucho tiempo para pensar en todo lo ocurrido:

—Ni hablar —me negué—. No pienso matar a nadie por unos cuantos billetes. No soy un mercenario, Ally. Manuel tenía razón en lo que dijo antes de morir.

—Bueno, pues lo dejas inconsciente o lo haces prisionero —sugirió ella, comprensiva.

—Eso sí.

Di un rodeo para quedar detrás del vigilante. Avancé precavidamente y, cuando lo tuve a dos metros, me lancé sobre él. Me proponía taparle la boca con una mano y acariciarle la garganta con el filo del machete con la otra. Luego, le interrogaría.

Eso, en teoría.

En la práctica, el cuerpo del sujeto rodó mansamente por el suelo, desmadejado, sin ofrecer ninguna resistencia, al tiempo que un absurdo tintineo de campanas sonaba en alguna parte.

Tardé unos segundos en darme cuenta de que el tío *estaba disecado*. Y luego vi las pequeñas esquilas que colgaban de su cinturón, y ya no entendí absolutamente nada.

—Más vale que te estés quieto, gigoló fornicacabras —rugió una voz a mis espaldas.

La Gorda Violenta había salido en ropa interior de una de las tiendas (espectáculo sobrecogedor) y me apuntaba con un *bazooka* que sostenía con ambas manos. Al mismo tiempo, oí gritos entre los árboles, y supe que también Ally había caído prisionera.

—¿Qué te ha parecido, mi pequeña estratagema? —Se ufanó Gretel.

—Un poco retorcida, la verdad —contesté, tratando de conservar la presencia de ánimo.

Bruno, el títere italiano, salió de la espesura precedido por Ally, a la que encañonaba con una «Magnum».

—¿Tiene las llaves? —preguntó de inmediato la gorda.

—Colgaditas del cuello, *signora.*

—Tráela aquí.

Ally estaba lívida. Sosteniendo el *bazooka* con una mano, la gorda usó la otra para arrancarle la cadena del cuello primero y para derribarla de una bofetada después.

—Morirás como una perra, desgraciada —sentenció—. Tengo algo especial para ti y tu amiguito.

Yo pensé en las ratas, en Fast Martin estrangulado con su propio

intestino, en Coronel Sarth desfigurado por el ácido sulfúrico, en Killer Pérez clavado en la pared de su casa y en Bloody Riverside comiéndose sus piernas recién amputadas. Me estremecí: ¿Qué significaría «algo especial» para aquella bestia inhumana?

Las sorpresas, sin embargo, no habían acabado. Atados con cuerdas, nos condujeron al interior de la tienda principal. Allí tenían un verdadero arsenal de armas y, en un lugar de honor, la caja, la famosa y maldita caja en la que el delirante Rickenbauer había encerrado todos sus tesoros.

—… los otros tres sólo pudieron revelarme el nombre de Queunchancho, pero Killer Pérez era curioso. Había averiguado por su cuenta que la caja estaba aquí, en Lago Pestilente, custodiada por cinco hombres armados —nos explicó Gretel—. Liquidamos a cuatro. Al otro, el radiotelegrafista, le tengo en la otra tienda. Él se mantiene en contacto con Murgatroyd. Ahora os están buscando a lo largo y ancho del Santa María, pero al amanecer vendrán para llevarse la caja. Y entonces conseguiré la última llave.

Sonreía extasiada, componiendo una mueca lejanamente humana al pensar en lo rica que sería.

—Quiero que veáis lo que hay dentro de la caja. Quiero que os vayáis al otro barrio sabiendo lo que habéis perdido —agregó siniestramente.

Yo miré la caja, una masa negra y brillante de un metro de alto, sobre una base rectangular de dos por uno, y odié profundamente al difunto H.

H. Rickenbauer.

La avaricia y la miseria moral de Gretel y Sue eran responsabilidad propia de cada cual, pero había sido el millonario quien se encargara de azuzarla con su testamento.

Después, fuimos conducidos a la tercera de las tiendas. Atados de pies y manos, la gorda nos lanzó al interior de un empujón. Rodamos por el suelo y en el suelo quedamos tendidos, el uno junto al otro, mientras Gus se apostaba en la entrada con una metralleta.

—Lo siento, Indy —dijo Ally tras un silencio.

—Más lo siento yo.

—No te preocupes. Tú no podías saber que habían dejado a ese tío disecado como alarma para prevenir un ataque sorpresa.

Me enfadé:

—Creí que sentías haberme metido en el lió.

—Bueno, también. Pero supongo que aún no hemos perdido la guerra. Tal vez, cuando llegue Sue, si se matan entre ellos…

—Quítatelo de la cabeza. Sue, Murgatroyd y sus mercenarios caerán en la emboscada.

Gretel tiene al radiotelegrafista, y le obliga a decirles lo que le interesa. No tienen ninguna posibilidad.

Hubo un nuevo silencio.

—Que burros —dijo después Ally—. Podríamos haber sido pobres, pero felices, ¿verdad?

Por lo menos, no perdía el sentido del humor. Algo era algo.

Las horas nocturnas pasaron lentamente. Yo no podía dormir: ¿Qué condenado a muerte puede hacerlo cuando está en capilla? Además, me obsesionaba saber cuáles habían sido las intenciones exactas de Rickenbauer al redactar su testamento. Seguía sin comprender por qué el millonario había decidido no legárselo todo a su idolatrada Sue, prefiriendo, en cambio, meterla en un lío de respetables proporciones. Respetables y *predecibles*, a poco que no chocheara en plan desmadrado al redactar su última voluntad. Me aferraba a este interrogante pensando que quizá por ahí, no sabía ni cómo ni por qué, podía llegar nuestra salvación.

Vanas ilusiones. Espejismos desesperados.

Clareaba cuando la gorda y Bruno, ambos armados hasta los dientes, vinieron a buscar a Gus.

—Ya se acercan. En dos helicópteros —le informó Gretel—. Vamos a prepararles el debido recibimiento. Tú vete a vigilar al radiotelegrafista.

—¿Y esos dos? —preguntó Gus, refiriéndose a nosotros—. Podrían escapar arrastrándose.

Lo solucionaron atándonos dos enormes pedruscos, dos verdaderas losas a los pies. Arrastrándolas, nuestro promedio de avance sería de diez metros por día, o algo por el estilo.

Bruno y Gretel se marcharon y Gus hizo lo propio, después de tirar la colilla de su cigarrillo.

—Esto se acaba, Indy —musitó sombría Ally.

Yo miraba la colilla. Seguía ardiendo. Y la tenía a mi alcance. Bastaba con un leve esfuerzo, unos centímetros, y…

La agarré con los dientes.

—Indy, ¿qué demonios…?

Antes de ser nuestra cárcel, aquélla había sido la tienda de Gus. Y Gus usaba gafas. Y tenía unas de repuesto, de celuloide, sobre una silla de *camping*. Y si en este mundo hay algo que arda más fácilmente que la yesca, eso es el celuloide.

Acerqué la cabeza a una de las varillas de las gafas y apliqué la brasa del cigarrillo sobre ella. Aspiraba frenéticamente, como un vicioso del tabaco, para reavivarla.

Tardó unos treinta segundos en prender en una súbita y violenta llamarada. Giré sobre los talones y puse los puños atados sobre la llama.

Dolió, claro que dolió. Las quemaduras en las muñecas tardarían algún tiempo en sanar, pero más se tarda en sanar de la muerte.

La cuerda se quemaba fibra a fibra…

… hasta que cedió…

En ese momento, el fuego empezaba a propagarse a la lona de la tienda. Me desaté rápidamente los pies y, sin hacer caso de Ally, salí a la carrera al exterior. Gus corría como un loco, ametralladora en mano y directo hacia mí.

Disparó.

No podía fallar desde esa distancia, pero yo ya no estaba donde estaba un segundo antes. Me había lanzado en plancha a sus pies. Le derribé de la embestida, y lo machaqué a puñetazos en el suelo.

Así de rápido. Porque tenía prisa.

Regresé a la tienda con la metralleta y el puñal de Gus, justo a tiempo de rescatar a Ally, medio sofocada a causa del humo del incendio, que, ya en plan desmadrado, prendía también en la vecina tienda principal, donde estaba la caja y el arsenal de la Gorda Violenta.

Salimos al exterior y escapamos por la selva. En el aire vi dos helicópteros, y pensé que las llamas podían alertar a sus tripulantes y hacer fracasar la emboscada de la Gorda Violenta.

No, los helicópteros descendían. Alertados o no, querían guerra.

Uno estalló repentinamente en el aire, pero el otro logró aterrizar. Siguió un frenético rumor de batalla campal. Disparos, explosiones, gritos feroces… procedía todo de la otra ribera del lago, donde había una pequeña playa que debían haber usado para tomar tierra.

Y hacia esa playa nos fuimos.

A nuestras espaldas, sonó una horrísona explosión.

—¡La caja! —dije yo, no sin cierta satisfacción—. ¡Se habrá quemado con la tienda!

—¡No te preocupes, es totalmente indestructible, no pasa nada! —me corrigió Ally a gritos.

Nos abríamos paso entre la espesura, orientándonos por el fragor de la batalla, cada vez más cercano.

Y cada vez menos intenso.

—Se están liquidando entre ellos —supuso Ally.

Tenía toda la razón del mundo. Cuando llegamos a la playa la encontramos sembrada de cadáveres. Allí estaban todos los hombres de Sue, y también Murgatroyd, que gemía en el suelo con una pierna destrozada.

En cuanto al otro bando, algo parecido a Gus se hundía lentamente en el cieno del lago, mientras que Bruno había resultado desmembrado a causa de una explosión.

Quedaban Sue y Gretel.

Las dos mujeres, las únicas supervivientes, se peleaban hundidas hasta las rodillas en el fango. Con las manos desnudas, porque ya a nadie debían de quedarle balas. A trompazo limpio, insultándose con frases soeces, arañándose, mordiéndose, tirándose del pelo.

Cualquiera hubiera imaginado un combate desigual entre ambas, pero Sue daba muestras de ser una experta karateka, cuyos golpes mantenían a raya a la masa avasalladora de la otra.

Nos quedamos como petrificados mirándolas.

—Indy, ya lo tenemos —reaccionó Ally.

—¿Que tenemos, *qué*?

—La caja, las llaves, el dinero, *lodo* —y señaló la metralleta que yo sostenía en las manos—. ¿Es que no te das cuenta?

En el lago, Sue y Gretel seguían golpeándose con saña, semidesnudas, cubiertas de barro. Ni siquiera habían advertido nuestra presencia.

—No —dije.

—¿Quéeeece?

—Que no —y me di media vuelta, y empecé a ascender la ladera de una montaña—. Para quitarles las llaves a esas dos, habría que matarlas primero. Basta con verlas. Y yo no quiero matar a nadie

para hacerme rico. No soy un mercenario, ya te lo dije. Acuérdate del pobre Manuel. Estoy asqueado de esta historia.

—¡Pero…!

—Lo siento, pero yo puedo seguir viviendo sin poseer un palacio con piscinas de aguas termales y caprichos de este estilo.

Ally corrió tras de mí y me agarró por el brazo.

—¿No lo entiendes? ¡Quieren robarme mi tercera parte, algo que *es mío*!

Habíamos quedado frente a frente. En la playa, seguía la pelea. Miré a Ally a los ojos.

—De acuerdo. Mátalas para conseguirlo, y que te vaya bien —y le ofrecí la ametralladora.

La cogió, pero se quedó parada, como si le quemara en las manos. Estuvo dudando durante un largo minuto.

—Qué burra soy, Indy —dijo al final—. Estoy segura de que me acordaré de esto cuando sea vieja y tenga que ponerme en la cola de la beneficencia. Me acordaré de esto, y de ti y de todos tus jodidos muertos. Y me vendrán ganas de estrangularte.

Sonreí:

—Tal vez puedas hacerlo. Es posible que yo también esté en esa cola.

Echamos a andar montaña arriba. Girando la cabeza podíamos ver a Gretel y Sue, dos figuras en la distancia que seguían machacándose incansablemente.

# CAPÍTULO IX

Ganó Sue, por raro que pueda parecer.

Ganó gracias a que Murgatroyd, herido de muerte, le lanzó una metralleta que la chica cazó al vuelo. El arma no tenía balas, pero Sue la sujetó por el cañón y con un par de culatazos dejó K. O. a la Gorda Violenta. Tal vez la mató, tal vez la mandó al limbo por algunas horas, no sé.

Ally y yo lo contemplábamos todo desde una peña, a cincuenta metros de altura. Una cosa es renunciar a una fortuna, y otra muy distinta es renunciar a la curiosidad. Queríamos saber cómo acababa todo.

Sue registraba frenéticamente el cuerpo de Gretel. Encontró las llaves. Las dos que había tenido Ally. Dos más una, tres.

La perdimos de vista unos instantes, mientras se sumergía en la espesura, corriendo hacia el claro donde habían estado las tiendas. También veíamos esa parte desde nuestro observatorio.

—¿… Y si una serpiente venenosa picara a Sue y la matara? —especulaba Ally—. Entonces, no tendríamos que hacerlo nosotros y podríamos quedarnos con la pasta sin hacerle pupa a tu delicada conciencia…

Sue reapareció en el claro. Allí no quedaba nada. El incendio y la explosión del arsenal lo habían volatilizado todo… excepto la caja, que seguía intacta.

Comprobó las llaves. Las puso las tres, cada una en una cerradura.

—Me estoy arrepintiendo, Indy —gemía Ally a mi lado.

Yo me limitaba a contemplar la escena. La maravillosa e ingenua Suzanne conseguía al fin lo que en teoría hubiera debido conseguir sin tanto lío. Tal vez éste era el final previsto por Rickenbauer.

Pero no, eso era algo que nadie hubiera podido prever. El millonario había disparado a ciegas al redactar su testamento, y esos disparos hubieran podido alcanzar perfectamente a Sue.

Hizo girar una llave.

… Yo busqué en los bolsillos de mi cazadora de cremalleras. Había arrancado una página de la autobiografía de Rickenbauer. Aquélla en la que hablaba de Sue, usando una prosa cuasi surrealista:

> «… y *encontré a Suzanne. Radiante adolescente que es etérea sustancia de una ilusión ya casi perdida. Todo en ella me cautivó. Virginal presencia, engaña a la Parca con su radiante sonrisa. Mi amigo…».*

Abajo, Sue hizo girar la segunda llave.

No, ni siquiera un adolescente influido por la más barata literatura romántica escribiría así. Lo leí de nuevo.

Empezó a accionar la última de las llaves.

—¡NOOO! —grité yo de repente.

—¿Qué? —Se sobresaltó Ally.

¡¡¡BOUMMMMÜ!!!, estalló la caja al ser abierta.

Ally se quedó abriendo y cerrando la boca, como si un mecanismo hidráulico automático le accionara la mandíbula. La caja seguía intacta, abierta y humeante, pero Sue había quedado esparcida, a trozos, en un radio amplísimo.

—¿Por qué has gritado? —Reaccionó por fin mi amiga—. *¿Lo sabías*?

—Acababa de averiguarlo. —Le mostré el párrafo de Rickenbauer—: Lee esto. Lo leyó.

—Estaba majara, eso ya lo sabía, ¿y qué?

—Al contrario. Estaba muy lúcido. Esto no es ninguna glosa de Sue. *Es un mensaje en clave*. Un guiño, una burla, una demostración de egolatría y de autosuficiencia. Léelo de nuevo, seleccionando solo las palabras múltiplos de cuatro.

—«Suzanne es una perdida… Me engaña con mi mejor amigo» —leyó alucinada Ally.

—Sue debió liarse con Murgatroyd *antes* de la muerte del viejo

—le expliqué—. Y Rickenbauer lo sabía, pero prefirió actuar como si lo ignorara. Su venganza sería *post mortem*. Tú, Gretel, Sue y el traidor Murgatroyd debíais ser las personas que más odiaba en el mundo. Planeó reuniros a los cuatro en una habitación. Teniendo cada uno su llave, era imposible que faltara nadie. Y, al abrir la caja… —dejé la frase en suspenso.

Ally se había quedado perpleja. Tardó en reaccionar:

—Santo cielo, qué hijo de puta era. Espero que se pudra en el infierno…

—Vámonos. Ya no hay nada que hacer aquí.

Teníamos un largo camino de regreso por delante, y éramos igual de pobres que al empezar la aventura, pero seguíamos vivos, y eso, de pronto, parecía algo terriblemente importante. Digno de una celebración en toda la regla. Abracé a Ally. Ella me besó…

Tiempo habría más tarde de buscar un aeropuerto.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

**Listado de la colección:**

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

# Notas

[1] Véase «Doble o sencillo», n.° 26 de esta colección. < <

[2] Véase «Honk Kong Rock», n.° 1 de esta colección. < <

[3] Véanse títulos anteriores de esta colección. «Los hijos del átomo». «Razones de Estado» y «Cosecha negra» entre otros. < <

[4] Véase «El tesoro de Gardenfly», n.° 6 de esta colección. < <